BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LOBOS DEL ESPACIO

burton hare

CIENCIA FICCION





CIENCIA FICCION





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

269. — *Tildrich, Base Uno,* Kelltom McIntire

270. — *Circo galáctico,* Glenn Parrish

271. — *Ondas cerebrales,* Marcus Sidereo

272. — *La maldición de Kaleenx*, Kelltom Mclntire

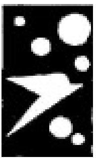
273. —*Los elegidos,* Glenn Parrish

BURTON HARE

LOBOS DEL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 274 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito, legal: B. 35.402 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPITULO PRIMERO

Chris Edwards detuvo su convertible a un lado de la carretera, a un tiro de piedra de la desviación, y caminó hasta ella sumergida en completa oscuridad.

La desviación era un camino de tierra apisonada, nada más. Se internaba entre los campos y Chris sabía que a cosa de un cuarto de milla más adelante discurría por en medio de un tupido bosque que ya era propiedad del hombre por el cual ella estaba allí esa noche: Thomas Rutherford.

Un genio o un demente.

La muchacha miró en torno. No es que pudiera ver nada más allá de la nariz porque no había luna y la noche era oscura como un lago de tinta, sin embargo, en medio de tanta oscuridad, tanto silencio y tanta soledad, casi obraba instintivamente a impulsos de un vago temor.

Al fin echó a andar por el camino de tierra. No podía internarse por él con el coche porque tanto los faros como el zumbido del motor hubieran delatado su presencia.

Caminó rápidamente. A sus pies apenas podía ver el camino como una mancha un poco más clara que las sombras de los lados. Se había calzado unos zapatos planos a fin de tener más libertad de movimientos, de modo que avanzó con ligereza hasta las proximidades del bosque.

La casa estaba al otro lado. Durante el día, y a bordo del auto, el paraje no se le antojó tan siniestro. Ahora, la inmensa mancha negra de los árboles susurraba como un gran ser vivo, con el aire agitando las ramas y provocando extraños crujidos.

Se detuvo. Chris no era una muchacha impresionable. No podía serlo en su profesión. No obstante, sintió un ligero escalofrío plantada en medio del camino.

Al fin se dio ánimos y prosiguió la caminata. Sabía que debía actuar con extremada cautela, sobre todo cuando estuviera cerca de la gran casa, pero en el bosque podía moverse con más libertad porque nadie iba a escuchar el crujido de sus pasos sobre la hojarasca.

¿Nadie?

Se detuvo con un respingo. Le había parecido escuchar un rumor sordo entre los árboles, algo que ningún ser humano sería capaz de producir.

Forzó la mirada pero todo eran tinieblas. Dio unos pasos más y volvió a detenerse. Ahora ya no le cupo duda alguna. Alguien o algo se había movido a su derecha, entre los árboles. Una rama había crujido, y aquel sonido sordo acababa de repetirse.

Era como el gruñido de un gran animal salvaje.

Sólo que no había animales salvajes en torno a Farlington. A decir verdad, apenas si quedaban ya en las selvas brasileñas, y unos pocos en los cotos africanos, rigurosamente controlados para evitar que se extinguieran, como había sucedido con tantas especies que ya sólo existían en los libros de texto.

Contuvo el aliento y escuchó con todos sus sentidos alerta.

Entonces, igual que flotando en el aire, una mancha pálida se destacó en la oscuridad de los árboles. Podía ser la cara de un hombre. Estaba a la altura adecuada para serlo, pero no podía estar seguro.

En aquel instante, el salvaje gruñido se repitió, mucho más fuerte, más poderoso, y no era un sonido que pudiera haber emitido un hombre; por lo menos, un hombre normal. A Chris se le antojó un sonido maligno, bestial y asesino. Algo sacado de una pesadilla.

Forzó la mirada clavando sus ojos asustados en el óvalo pálido que parecía flotar en la oscuridad. Mientras estaba mirándolo se desvaneció como si jamás hubiera estado allí.

Claro que si realmente había estado, el hecho de desaparecer no era ningún milagro. Quienquiera que fuese, sólo tuvo que dar un paso atrás y desaparecer hundido en las sombras.

La muchacha aceleró el paso, ahora notando claramente los

agitados latidos de su corazón.

Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no echar a correr, porque sentía el naciente pánico empujarla a hacerlo. Pero sí caminó a un paso muy vivo sin atreverse a mirar a los lados por temor a ver otra vez aquella cosa pálida flotando entre los troncos.

Al fin vio la linde del bosque, allí donde terminaban los árboles y se extendía de nuevo la llanura. La casa, aunque invisible en la oscuridad, ya no estaba lejos.

En aquel instante, los arbustos a su derecha se agitaron y una rama se rompió con un seco crujido. Chris contuvo el aliento, volviéndose.

Algo oscuro brotó de las tinieblas. Ella gritó a impulsos del horror más absoluto.

Luego, aquel horror se abatió sobre ella y el siguiente grito murió al nacer, porque la garra cayó sobre su rostro y no hubiera sido más destructivo el zarpazo de un tigre.

* * *

—Algo la mató —dijo David Garay, sombrío.

John Brennan encendió un cigarrillo, sentado frente a la mesa de Garay.

—¿Qué? —preguntó tan sólo.

—No lo sé. Al parecer nadie lo sabe. Quiero que vayas a Farlington y los averigües. Al mismo tiempo podrás hacer el reportaje por el cual Chris estaba allí.

—¿Qué clase de reportaje?

—Fue una pista que «levantó» la propia Chris Edwards. Ignoro de dónde la sacó, pero al parecer hay un científico que pretende haber entrado en contacto con seres extraterrestres.

Brennan esbozó un gesto de fastidio.

—Otro —masculló—. ¿Y le hiciste caso?

David Garay suspiró. Como jefe de redacción debía tomar

muchas iniciativas que le disgustaban. Enviar a una mujer para aquel trabajo había sido una de ellas.

—Ella estaba segura. Por lo menos, razonablemente segura. El científico en cuestión se llama Thomas Rutherford. Hice algunas gestiones y parece que se graduó con las mejores notas en las mejores universidades del país. También estudió en Inglaterra… Pero ya en su época de estudiante era un tanto excéntrico.

—Lo cual da pie para pensar que es un chiflado…

—No prejuzgues sin fundamento, Johnny —gruñó Garay—. Tú sabes cómo apreciaba a Chris… puede decirse que yo la «hice» en este condenado trabajo. Bueno, lárgate y ajústale las cuentas al que la mató.

Brennan dijo:

—Háblame de ese científico. ¿Cuál es su truco?

—Todo lo que el hombre dice, al parecer, es que ha conseguido establecer contacto con seres del espacio. Recibe extrañas señales, y en un par de ocasiones, voces, aunque no pudo comprender ni una palabra. No era ningún idioma conocido lo que oyó.

—No es nada original —refunfuñó Brennan.

—Yo no dije que lo fuera. Pero si hubiera algo de cierto en ello tendríamos la exclusiva del siglo, así que levanta tus posaderas de esta silla y lárgate al diablo de aquí. Empieza a trabajar.

Johnny se levantó perezosamente.

—¿Dices que no se sabe cómo murió la chica?

—¡Ya lo creo que sé cómo murió! Destrozada, materialmente hecha pedazos… Lo que todo el mundo ignora es «qué» fue lo que la mató… No parece obra de un ser humano según mis referencias.

—Alguno de los hombrecillos del espacio —gruñó Brennan con sarcasmo.

—Te ruego que tomes este asunto muy en serio, Johnny. Tanto lo del profesor Rutherford como la muerte de Chris. Si la mataron por algún motivo relacionado con la investigación que estaba efectuando, pueden repetir la cosa contigo. Piénsalo.

—Es confortante saber cuánto te preocupas por tus reporteros,

David. ¿Dónde está ese pueblo, Farlington, o como se llame?

—En Nevada. ¿Es que no sabes consultar un mapa?

—Nevada... Tal vez pueda llegarme a Las Vegas y probar suerte.

—En el norte de Nevada. Y Las Vegas está al sur, así que si algún día decides ir a jugarte los cuartos allí, lo harás en tu período de vacaciones y pagándote los gastos. Y ahora largo, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Johnny Brennan cabeceó. El hecho de que no replicara a la parrafada de su jefe le dio a éste una idea de lo preocupado que estaba, a pesar de su eterno aire desgarbado.

Si Johnny Brennan hubiese podido predecir el futuro, aquella sangrienta pesadilla que estaba a punto de envolverle, no cabe duda que hubiera estado todavía mucho más preocupado...

CAPITULO II

El *sheriff* arrugó el ceño y se echó atrás en el sillón basculante.

—No veo que usted pueda hacer más de lo que estamos haciendo nosotros, señor Brennan.

Johnny se encogió de hombros.

—Yo no dije que hiciera más ni menos, ni mejor ni peor de cuanto están haciendo ustedes. Todo lo que dije fue que quiero ver las fotografías del cadáver de Chris y saber qué sucedió. Voy a escribir sobre ello… y aclararlo si puedo.

El representante de la ley emitió un gruñido de disgusto.

—Ustedes, los de las grandes ciudades se saben todas las respuestas, ¿no es así? Por lo menos, creen saberlas.

—¿Va ayudarme o no, *sheriff*?

—Claro… No faltaría más.

Había sarcasmo en la voz del *sheriff* Clarke, y también disgusto por lo que consideraba una intromisión intolerable.

Abrió un cajón de su mesa y sacó un gran sobre de papel grueso y oscuro. Del sobre extrajo una colección de fotografías.

—No van a gustarle —dijo, pasándolas a través de la mesa hacia el reportero—. Cada vez que las miro se me revuelve el estómago.

Johnny las tomó.

No se le revolvió el estómago, pero sintió una suerte de nudo en la garganta, al mismo tiempo que un violento escalofrío le sacudía desde los pies a la raíz de los cabellos.

Las fotografías habían sido tomadas por un experto y a color. Había dos del cadáver tal como fuera descubierto y mostraban un revoltijo de sangre espeluznante.

Otras eran parciales, mostrando sólo detalles de las espantosas heridas que habían desgarrado el hermoso cuerpo de la muchacha.

Levantó la mirada, perplejo.

Peter Clarke enseñó los dientes en una mueca.

—¿Qué le parecen? —gorjeó.

—¿Con qué le hicieron eso?

—Creo que confunde los términos, amigo. Sería más lógico preguntar quién o qué le hizo eso.

—Una bestia salvaje quizá. O un demente, un loco furioso.

—Fíjese en la fotografía que muestra la garganta... Está totalmente desgarrada.

—¿Un lobo?

El *sheriff* le observó ahora como sí le creyera tonto de solemnidad.

—¿Desde cuándo no quedan lobos en el país, señor Brennan, lo sabe usted?

—Ni idea.

—Hace más de diez años que se extinguieron. Y tampoco hay pumas, ni jaguares.

—Un perro rabioso entonces.

—Aquí somos una pequeña comunidad, Brennan. Nos conocemos todos. Los que tienen perros grandes son los granjeros y puedo asegurarle que si alguno de ellos se volviera rabioso yo lo sabría inmediatamente.

—Entonces, ¿qué?

—Mire esta foto... Después, repita la pregunta.

Johnny se inclinó sobre la foto que le señalaba Clarke.

Mostraba parte del seno derecho. Parecía haber recibido un feroz zarpazo y estaba desgarrado de un modo espantoso.

—Es terrible —reconoció—, pero no veo qué...

—Fíjese bien.

—¡Maldita sea, deje de jugar al escondite! ¿Dónde está el

secreto?

—En la zarpa.

—¿Qué?

—¿Ha visto usted, o sabido, de algún animal conocido que tenga siete dedos en su zarpa? Siete dedos bien armados a juzgar por los desgarros...

Johnny Brennan volvió a clavar la mirada en la fotografía.

Era cierto. Había siete profundas desgarraduras, siete profundos surcos que sin ninguna duda habían sido producidos por las uñas afiladas como cuchillos de una garra increíble.

—Es cierto —balbuceó—. ¿Qué opina el forense?

—Puedo mostrarle su informe, pero no sacará nada en claro. Se limita a detallar la naturaleza de las heridas, la hora aproximada de la muerte y todo eso. En cuanto a lo que le produjo tales heridas no vacila en confesar que lo ignora por completo.

—Ya lo veo... ¿Buscaron huellas alrededor del cadáver?

—¡Oh, seguro que las buscamos! Pero no había ninguna aceptable. Hay que tener en cuenta que el suelo estaba cubierto por una espesa capa de hojarasca.

—En resumen, que no tienen ustedes ni una sola pista...

—Ni la más remota.

—Ni una teoría sobre la manera cómo murió ni a manos de quién...

Clarke titubeó. Por primera vez pareció un tanto inseguro.

—Bueno, si no fuera por esa garra de siete uñas afiladas como puñales, yo tendría una teoría...

—Bueno, veámosla.

—No sirve en este caso.

—Aun así me gustaría escucharla, *sheriff*.

—¿Me promete no mencionarla en sus reportajes, no decir ni una palabra al respecto?

—Tiene mi palabra, pero no veo qué pueda importar eso.

—¡Claro que importa! Me convertiría en el hazmerreír de todo el país. Porque lo que yo pensé en un principio, cuando la encontramos, fue en un hombre-lobo... Entiéndame —se apresuró a añadir, al advertir el gesto del reportero—. No me refiero a un hombre que bajo la luz de la luna se metamorfosea, con colmillos, pelo en todo el cuerpo y rostro monstruoso, sino en un caso de licantropía... ya sabe, uno de esos locos que creen convertirse en lobos y obran como tales. Claro que cuando pensé en eso no había visto esos desgarros... porque un licántropo puede matar a dentelladas, pero no tiene garras de siete dedos ni nada semejante.

—Comprendo.

—He leído varias obras sobre ese tema porque hace unos años tuvimos un caso de licantropía. Pero esto de ahora es... distinto, más terrorífico.

—Ya lo creo que lo es. ¿Le importaría mostrarme el lugar donde tuvo lugar el ataque a Chris Edwards, *sheriff*?

—Le acompañaré, aunque no encontrará nada. Nosotros lo examinamos pulgada a pulgada y no pudimos hallar ni una maldita huella. Le confieso que estoy tentado de pedir ayuda a la policía del Estado.

—¿Sabe usted la razón por la cual mi compañera estaba aquí?

—No era ningún secreto. Había venido para entrevistar al profesor Rutherford. El propio profesor lo comentó en el almacén.

—Es cierto. Ahora, yo voy a ocupar su puesto, pero me interesaría saber de antemano qué tal persona es el profesor, conocer las opiniones de la gente del pueblo respecto a él y sus experimentos. Por ejemplo, ese extraño aparato que ha construido...

—Bueno, para no andarnos con rodeos, Brennan; Rutherford está chiflado, todo el mundo lo sabe.

—Ya veo...

—No vaya a interpretarlo torcidamente... Todos sabemos que no está bien de la tapadera, pero también todos aquí le apreciamos profundamente. Es una excelente persona, ya lo verá.

—Entonces, sus inventos no existen...

—Esa es otra cuestión. Tiene algunas buenas patentes que le producen unas rentas saneadas. Pero esto último que él afirma poseer no lo cree nadie, ni siquiera Dick Craven.

—¿Quién es ese Craven?

—El ayudante del profesor. Vive con él, trabaja con él y en cierto modo es su mano derecha. Hasta ahora, es el único ayudante que le ha soportado tanto tiempo. Por regla general, los anteriores estaban con el profesor el tiempo justo de conocer su genio y se largaban más que de prisa.

—¿También es científico?

—Ignoro qué estudios posee, pero para estar en condiciones de colaborar con el profesor ha de ser perito en alguna especialidad por lo menos.

—¿Y él tampoco cree en ese aparato que puede captar señales de otros mundos?

Clarke se echó a reír sin humor alguno.

—En ese cacharro no cree más que en el propio Rutherford —dijo con ironía.

—Entiendo. ¿Viven los dos solos en la casa?

—Rutherford no quiere a nadie allí fuera de las horas de trabajo normales. Una mujer va todos los días. Limpia y les guisa y luego se marcha otra vez.

—Bueno, ¿qué tal si ahora me acompaña a ese lugar, *sheriff*?

—Vamos. Afortunadamente el sol ya declina...

Hicieron el recorrido en el coche del *sheriff*.

El solitario camino del bosque, a la luz del crepúsculo, no parecía tan siniestro.

—Ahí fue donde la encontramos. Había una enorme cantidad de sangre seca alrededor, empapando la hojarasca...

—Me pregunto qué andaría buscando Chris aquí durante la noche...

—Tal vez se proponía visitar otra vez al profesor, aunque si era así, no cabe duda de que ella quería llegar allí por sorpresa.

Encontramos su coche abandonado en la carretera, junto al desvío. A propósito de ese coche, ¿va a ocuparse usted de retirarlo?

—Lo haré, por supuesto. Es más, me ahorraré tener que alquilar uno.

Johnny miró en torno, a los árboles y matorrales que formaban, una maraña espesa y sombría; al camino tan estrecho que no permitiría pasar más de un coche a la vez. El suelo, tal como dijera Clarke, estaba cubierto por una gruesa capa de hojas secas que formaban una crujiente alfombra.

—Ahí estaba la sangre —dijo el *sheriff*—, aún puede ver la hojarasca que la empapó mucho más oscura y rígida...

—¿Dónde queda la casa del profesor?

—Al otro lado del bosque. Muy cerca. Es una vieja granja reformada. El granero es ahora el laboratorio y taller de Rutherford.

Brennan se apartó del *sheriff,* internándose entre los árboles, a la izquierda del camino. Allí, la espesura de matorrales espinosos pronto le hizo desistir de seguir adelante.

En la orilla derecha no había espinos y avanzó sorteando los troncos. Como dijera el *sheriff,* era imposible descubrir huella alguna en la espesura donde los pies se hundían en las hojas secas, sin que éstas conservaran la menor señal.

Clark encendió un cigarrillo mientras le esperaba, y luego comentó:

—El lugar era que ni hecho a propósito para un asalto.

—¿Sabe si Chris fue violada antes de morir?

—No. El doctor fue categórico al respecto. Yo también le hice esa misma pregunta.

—Entonces, sólo quedan dos suposiciones. O la mataron por algo relacionado con el profesor Rutherford y sus experimentos, o fue víctima de un loco furioso que la mató a ella como hubiera matado a cualquier otro que pasara por sus proximidades en aquel momento...

—¿Olvida usted la garra?

—¡La maldita zarpa! Me resisto a creer en un animal de estas características...

—Hasta saber exactamente quién o qué la mató, hemos de tener en cuenta tres posibilidades, no dos. Y le confieso que yo me inclino por la tercera… Un animal salvaje de unas características desconocidas para nosotros… Quizá esa zarpa sea una malformación de esa bestia…

Su voz se extinguió al encontrarse sin saber cómo explicar lo inexplicable.

Regresaron al coche, y Johnny encendió un cigarrillo recostado contra la carrocería, pensativo.

—Usted dijo que tuvieron un caso de licantropía hace tiempo, *sheriff*.

—Es cierto. Entonces leí todo lo que pude encontrar al respecto.

—¿Qué fue del demente?

—¡Demonios, lo encerraron, naturalmente!

—¿Aún está en el manicomio?

—Seguro. Los siquiatras dijeron que era incurable… Una verdadera fiera cuando le daba ese paroxismo destructivo. Sin embargo, calmado era una persona verdaderamente agradable. Taciturno, pero normal completamente.

—¿Cómo se llamaba?

—Corner Fry… ¡Eh, un momento! ¿Piensa que la muerte de la muchacha puede haber sido obra de Fry?

—No creo nada, Clarke. Pero voy a investigar todas las posibilidades por remotas que parezcan. Quienquiera que matara a Chris va a pagarlo, sea cuerdo o loco, hombre o bestia.

El *sheriff* se quedó mirándole con el ceño fruncido.

—No creo que me guste su manera de decirlo, Brennan —gruñó disgustado—. Sea quien sea, debe ser detenido. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Perfectamente.

—¿Hay algo más que quiera usted ver aquí?

—Nada. ¿Le importaría llevarme hasta la granja del profesor?

—Pensaba sugerírselo. Ya que está aquí puede aprovechar el

viaje y conocerle.

Clarke encendió el motor del coche y lo condujo por el desigual camino hasta más allá del bosque.

La granja apareció ante su vista apenas un minuto después.

CAPITULO III

Brennan tuvo la primera de otras muchas sorpresas con que el profesor iba a obsequiarle.

Fue la visión de la gigantesca pantalla de una antena parabólica que se alzaba sobre una colina, a una milla escasa de los edificios aplanados de lo que fuera una granja.

El *sheriff* explicó:

—Lo crea usted o no, la construyó él mismo con la ayuda de Dick Craven.

Sobre el techo de la nave que servía de laboratorio y taller se erguían otras antenas normales y una maraña de cables.

Mientras estaba contemplando todo eso, un hombre apareció en la puerta del edificio principal, construido de piedra y madera y dotado de un gran porche que a las horas en que el sol ardía como fuego líquido en el firmamento debía proporcionar una sombra muy agradable.

—Ese es Craven —dijo el *sheriff*.

Caminaron hasta el porche.

El ayudante del científico era un hombre de unos cuarenta años, delgado y de rostro casi esquelético. Sus huesos presionaban la piel de los pómulos como si quisieran agujerearla.

—¿Qué le trae por aquí, *sheriff*? —indagó cuando se reunieron con él.

Tenía unos ojos negros y profundos, de un mirar casi hipnótico.

—Este es John Brennan, Craven. Ha venido por lo de la periodista, ya sabes... Trabaja para el mismo periódico de Nueva York.

Los ojos quietos se clavaron en Brennan, examinándole. Luego, el nombre le tendió la mano y murmuró:

—Lamentamos mucho lo sucedido con su colega, señor Brennan... Era una mujer encantadora y muy inteligente.

—Lo sé. Había realizado excelentes trabajos. ¿Podría ver al profesor, señor Craven?

—Lo dudo. Se ha encerrado en el laboratorio, y cuando eso ocurre es como si estuviera muerto para el mundo. No contesta ni siquiera al teléfono.

—En ese caso, fije usted mismo una cita. Estoy muy interesado en conocerle.

Craven le estudió con el ceño fruncido.

—¿Para ridiculizarlo? —gruño.

—En absoluto. ¿Qué le hace pensar eso?

—No lo sé… la actitud de la gente del pueblo tal vez. Están convencidos de que el viejo está chiflado.

—¿Y lo está?

—Rotundamente, no.

—Entonces, esos experimentos, esas señales que afirma recibir…

—Esa es otra cuestión que me gustará discutir con usted en otra ocasión. Llame por teléfono esta noche… Nos acostamos muy tarde. Yo habré hablado con el profesor y podré darle una cita.

—De acuerdo. ¿Le visitó Chris muy a menudo?

—En tres ocasiones. La última incluso cenó con nosotros… Fue un golpe terrible su muerte…

—Sí, lo comprendo. Le llamaré esta noche. Pero quizá ahora podría anticiparme su opinión sobre esos mensajes extraterrestres, señor Craven. A título personal, por supuesto.

—Mi opinión no cuenta en absoluto aquí. Espere a conversar con el profesor.

Johnny esbozó un gesto de impaciencia, pero dominándose accedió:

—Muy bien, esperaré. Gracias por atenderme de todos modos.

Regresó al coche bruscamente. Tan bruscamente que el *sheriff* casi necesitó echar a correr para alcanzarle.

De regreso a Farlington, Peter Clarke guardó silencio durante la

primera milla. Luego gruñó:

—Bueno ¿por qué se ha mostrado usted tan brusco con el ayudante del profesor?

—No me gusta.

—¿Cómo?

—Ese individuo me produce escalofríos, *sheriff*. No me gustó desde el instante en que le vi.

—Esa es una actitud absurda. Ni siquiera ha tenido tiempo de tratarle. Le aseguro que es una excelente persona. Y está dotado de una paciencia de santo, o de lo contrario no soportaría a Rutherford tanto tiempo… El viejo sí que cuando pierde el control posee un carácter endemoniado.

Estacionó el coche y ambos se apearon, entrando en la oficina.

—Quisiera saber por qué Chris estaba en el bosque a aquellas horas de la noche —refunfuñó Brennan, dejándose caer en una silla.

—Eso temo que no lo sepamos nunca. Hice algunas averiguaciones, como es lógico. Pero no habló con nadie de sus propósitos.

—Alguien pudo citarla allí. ¿Ha pensado usted en eso?

—No lo creo. Ella no hubiera acudido a una cita en medio del bosque con tanto misterio. ¿Por qué dejó el coche en la carretera y se internó a pie por el camino? Más bien pienso que lo que en realidad quería era pasar desapercibida, que nadie supiera que estaba allí.

Johnny hubo de admitir que ese razonamiento era el más lógico.

—De ser cierto, eso nos lleva a otra cuestión. ¿Por qué pretendía atravesar el bosque en secreto? Sólo se me ocurre que tenía el propósito de llegar a la granja del profesor sin ser descubierta. El profesor Rutherford era su objetivo, por eso vino aquí.

—Yo también opino como usted, aunque me sorprende que lo hiciera… El profesor la había recibido en varias ocasiones y al parecer con agrado. ¿Por qué, entonces, tanto misterio para volver a la granja?

Brennan se encogió de hombros.

—Estamos dando palos de ciego —dijo, impaciente—. Quizá cuando yo mismo haya hablado con el profesor esté en condiciones de

responder a ese interrogante.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo, Brennan?

—Todo el que sea necesario.

—¿Para sus entrevistas con Rutherford?

—Y para cazar a lo que sea que mató a Chris, *sheriff*. ¿Dónde guardan los efectos personales de la muchacha?

—Las ropas quedaron en el hotel, junto con su máquina de escribir. Aquí tengo lo que llevaba encima cuando fue encontrada... No hay nada desusado, sólo lo que toda mujer acostumbra llevar en el bolso.

—¿No le quitaron nada?

—¿Cómo voy a saberlo? Aparentemente, no.

Johnny se levantó, más desconcertado de lo que quería aparentar.

—Me ocuparé de los efectos de Chris... Creo que tenía familia en alguna parte. En cuanto al coche, lo utilizaré mientras esté aquí.

—Claro, el coche...

El *sheriff* revolvió el interior de un cajón de su mesa hasta que encontró las llaves del vehículo.

—Es un bonito coche —comentó—. Convertible y casi nuevo. Lo tengo guardado en el taller de Patten. No quise dejarlo en la calle.

—Lo recogeré por la mañana.

Tomó las llaves, y despidiéndose salió a la acera. Estaban encendiéndose las luces de los escaparates, en una noche que prometía ser tan negra como el infierno.

* * *

Brennan abrió la maleta y eligió un jersey negro de cuello alto. Luego, separó unos pantalones también negros y se quedó mirando la pesada pistola que descansaba en el fondo de la maleta, sujeta con unas correas especiales.

Quitándose el traje que llevaba se vistió con las prendas negras. Sacando después la pistola comprobó que estuviera cargada y tras esto la sujetó en el cinturón, dejando el jersey suelto por encima para disimular la presencia del arma.

Llamaron a la puerta apenas había cerrado la maleta de nuevo.

—Entre, no está cerrado —gruñó.

Oyó abrirse la puerta y unos pasos quedos. Volviéndose, se quedó boquiabierto ante la muchacha.

Brennan se jactaba de conocer mujeres de todos los continentes y de todos los colores imaginables, pero la que acababa de irrumpir en su habitación era un caso aparte.

Algo digno de una consideración muy especial.

—Hola —balbuceó al fin—. ¿Se equivocó de cuarto.

—No lo creo. Usted es John Brennan, ¿no es cierto?

Tenía una voz armoniosa, un tanto profunda para su juventud.

—Si no lo fuera le diría que sí de todos modos —dijo tratando de sonreír—. Usted juega con ventaja. Sabe mi nombre.

—Soy Nicole Wayne. Todos me llaman Nickie.

—Perfecto, Nickie. Cierre la puerta y considérese en su casa, y todas esas cosas que suelen decirse. Me alegro mucho de conocerla.

Ella atravesó la estancia. Sus caderas maduras se cimbreaban suavemente, casi majestuosas. Tenía unos senos pequeños y agresivos, por lo menos, con lo martirizada tela de la blusa que llevaba.

—¿Me dirá qué puedo hacer por usted? —la instó Johnny, intrigado.

Ella sonrió. Sus labios rojos ganaron en atractivo al sonreír.

—En cierto modo —dijo—, usted y yo somos colegas.

—¡No me diga!

—Mi padre es el propietario del semanario local. Yo le ayudo en su trabajo, ¿sabe?

—¡Magnífico! ¿Y...?

—Todos sabemos lo que le sucedió a su compañera... Fue algo espantoso. Ahora, usted está aquí para continuar lo que ella dejó inacabado, ¿no es cierto?

—Digamos que sí. ¿Dónde entra usted en el juego?

Ella titubeó. Se daba cuenta de que él estaba mucho más atento a su anatomía que a sus palabras.

—Quisiera trabajar con usted.

Esta vez olvidó recorrer con la mirada aquella sucesión de curvas para dar un respingo.

—¿Trabajar conmigo? —balbució, atónito—. No la comprendo.

—Yo escribo, ¿sabe? Pero lo ignoro todo sobre un reportaje profesional. Estoy segura que si pudiera trabajar a su lado aprendería mucho... Y le ayudaría a usted al mismo tiempo.

—Permítame que eso último lo ponga en duda.

—De veras... Yo trabajé algún tiempo para el profesor Rutherford.

—Siga hablándome de él.

—Usted quiere todas las ventajas, señor Brennan.

—A usted la llaman Nickie. A mí Johnny.

—Está bien, Johnny. ¿Qué decide?

—Cuénteme qué clase de trabajo hacía usted para el profesor.

—Mecanografía. Tomaba al dictado sus notas y estudios, o mecanografiaba cartas... Ya sabe, cosas así.

—¿Por qué dejó de trabajar para él?

—No fue culpa del profesor. Ni mía...

—Entonces...

—Fue culpa del miedo.

El se puso rígido.

—¿Miedo del profesor, de sus experimentos, quizá?

—¡Oh, no! El profesor es una persona encantadora excepto

cuando está de mal humor. No... La verdad, muchas veces terminaba el trabajo después de anochecer. Tenía que atravesar el bosque en mi coche...

—Siga.

—Todo sucedió una noche. Algo no andaba bien en el motor del coche, hacía un ruido raro. Paré en el camino y entonces oí el gruñido entre los árboles... Bueno, yo pensé que era un gruñido.

Johnny sintió un escalofrío de excitación.

—¿Qué fue lo que oyó exactamente?

—Es imposible de explicar con palabras. Si le digo un gruñido, usted pensará en seguida en un perro. Bueno, no era eso... Era un sonido terrible, maligno si entiende lo que quiero decir.

—Creo que sí.

—Salté al volante y corrí como una loca hasta la carretera general. Al día siguiente me despedí del profesor.

—¿No habló a nadie de lo que había oído?

—Sólo con papá.

—Apuesto que no lo tomó en serio.

—Ganaría la apuesta. Se rió de mí. Sólo que ahora ya no se ríe.

—Claro...

—Cuando supimos lo que le había sucedido a la señorita Edwards todo cambió. Sólo una bestia salvaje y de gran tamaño pudo destrozarla de aquel modo...

El se quedó silencioso, reflexionando a toda presión.

La muchacha le observaba anhelante, deseando que el reportero aceptara su propuesta.

Al fin, él sólo dijo:

—¿Sabe su padre que ha venido a verme?

—Le dije que le propondría esto.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

El suspiró.

—¿Se atrevería a ir al bosque, ahora? —le preguntó de pronto.

Ella dio un respingo.

—¿Al bosque? —jadeó—. ¿A estas horas?

—Pensaba ir solo. Pero si usted viniera conmigo podría indicarme el lugar donde oyó el gruñido.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Puede tenerla.

La muchacha titubeó.

Johnny dijo:

—¿Tiene miedo?

—¡Muchísimo!

—¿No confía en mi compañía?

—No sabe usted qué puede surgir de aquella espesura...

—¿Sí o no? Es la única manera de trabajar conmigo. Los reporteros deben arriesgarse un poco de vez en cuando, ¿sabe? Es la regla de oro de la profesión —terminó, riendo.

—Está bien. Tengo el coche en la calle... Porque usted llegó en tren, ¿no es cierto?

—En efecto, pero por la mañana dispondré del coche de Chris. Vamos.

La llevó hacia la puerta casi en volandas.

En las escaleras, cuando la tomó del brazo, descubrió el leve temblor que la estremecía...

CAPITULO IV

Nickie detuvo el coche y murmuró:

—Este es el lugar.

Johnny alargó la mano y apagó las luces del auto, con lo cual una absoluta oscuridad les envolvió.

El motor zumbaba silenciosamente. No obstante, él ordenó:

—Cierre el motor, muchacha.

Nickie obedeció. Pasó casi un minuto en silencio, hasta que la tensión para la joven fue superior a sus fuerzas y dijo con voz queda:

—¿Qué estamos esperando, Johnny?

—Nada. Estaba pensando solamente. Hay bastante en qué pensar, teniendo en cuenta que fue en este mismo sitió donde se encontró el cadáver de Chris.

La muchacha dio un respingo.

—¿Está seguro?

—Por lo menos, es el que señaló el *sheriff*. Y había aún rastros de la sangre que se secó en la hojarasca.

Nickie fue incapaz de hablar durante unos instantes. Después sólo susurró:

—Pudo pasarme a mí, aquella noche...

—¿Tiene una linterna en el coche?

—Sí..., está ahí, en la guantera de su lado.

Brennan tanteó hasta encontrar una potente linterna eléctrica.

—Voy a dar un vistazo. No se mueva del coche, Nickie.

—Está usted loco si piensa que me voy a quedar aquí, sola. Allá donde usted vaya iré yo.

—De acuerdo, pero si oye cualquier ruido no empiece a chillar.

Saltaron del coche, y Johnny se internó entre los árboles, a la derecha del camino. La joven le siguió apresuradamente, manteniéndose casi pegada a él.

La luz de la linterna barría las tinieblas aquí y allá, mostrando la espesura de arbustos, el suelo convertido en espesa alfombra de hojas secas y los gruesos troncos alzándose como grandes columnas de una catedral de pesadilla.

Inesperadamente, Johnny se detuvo y apagó la linterna.

Nickie tembló.

—¿Qué pasa? —musitó sin voz.

—Nada, sólo que aquí hay una trocha abierta entre los matorrales. Era lo que imaginé esta tarde, porque quien fuera que se acercó a Chris forzosamente hubo de caminar por algún sitio practicable, sólo que con el *sheriff* no quise profundizar mi búsqueda.

A la muchacha casi le castañeteaban los dientes.

—¿Sabe una cosa, Johnny? —musitó—. Tengo un miedo espantoso.

—Animo, puede que con el tiempo sea usted una buena periodista... Vamos a seguir ese sendero.

Echó a andar. La muchacha le atenazó una mano y le siguió dominándose a duras penas.

Caminaron lo que a Nickie se le antojó una eternidad. De vez en cuando, una rama espinosa les arañaba la piel o las ropas, pero no cabía duda de que el estrecho sendero estaba abierto para permitir el paso de un hombre.

Hasta que desembocaron más allá de los árboles, donde la pálida luz de las estrellas permitía ver el llano, la colina y la silueta maciza y fantástica de la antena parabólica.

Desde el lugar donde se hallaban, la antena quedaba mucho más próxima que desde donde Johnny la viera por primera vez.

La muchacha susurró:

—¿Y ahora qué?

—Ahora sabemos que la cosa que atacó a Chris vino dé este lado, Y lo mismo cabe decir de la noche en que tú oíste el gruñido, o

lo que fuera... Eso nos permite tener casi la certeza de que lo que sea procede siempre de este lado...

—¿Y eso nos sirve de algo?

—Aún no lo sé... pero estoy seguro que ha de tener algún significado. Todo es cuestión de reflexionar sobre ello.

—¿Volvemos al coche?

—¿Tienes prisa?

—¡Jesús! ¿Y lo pregunta? ¿Claro que tengo prisa por alejarme de estos parajes!

—No hay ninguna amenaza aquí, esta noche. Vamos, daremos un vistazo a esa antena.

—¿Para qué?

—Quiero verla de cerca sin ser descubierto, así que caminaremos a oscuras. Dame la mano y cuidado donde pones los pies.

Venciendo las dificultades del desigual terreno, ascendieron la colina en completa oscuridad.

La formidable antena se asentaba sobre una plataforma de hormigón. A corta distancia, semiempotrada en la roca, había una pequeña construcción de obra, con una puerta y una ventana cerradas.

Nickie musitó:

—¿No le parece formidable? El propio profesor la diseñó y construyó... Dice que posee unas cualidades óptimas, con unas innovaciones secretas que la hacen cinco veces más efectiva que las demás antenas parabólicas normales.

—¿Tú crees realmente que haya captado mensajes de otros mundos?

—¿Y por qué no? No cabe duda que existen otros mundos habitados en el Universo, otros sistemas solares, quizá muy parecidos al nuestro...

—Claro... Así que tú crees en el profesor y sus sensacionales experiencias.

—No estoy preparada para entrar en esta materia. Pero

personalmente estoy convencida de que el profesor Rutherford ha conseguido establecer alguna clase de contacto fuera de nuestra atmósfera.

—Eso se llama tener fe —refunfuñó el reportero, mientras examinaba detalladamente las base de la colosal antena.

—¿Qué está buscando? —le increpó Nickie—. Ya deberíamos estar de regreso.

—Quería asegurarme de que esto es real… de que esta antena está en condiciones de captar ondas procedentes del espacio exterior.

—¿Y ya está satisfecho?

—Creo que sí.

—Entonces, volvamos al coche, Johnny. Por favor,

—De acuerdo.

Volvieron atrás por el mismo camino que siguieran para llegar a la cima de la colina. El bosque, allá abajo no era más que una sombría masa oscura y amenazadora.

Caminaron en silencio hasta los árboles. Luego, sus pisadas hicieron crujir la hojarasca.

No hablaron durante largo tiempo, hasta que Johnny dijo en voz baja:

—Párate y no hables.

—¿Por qué?

—Silencio…

La muchacha tendió el oído, sobrecogida por el susurrante aliento del bosque.

Pasó casi un minuto sin despegar los labios. Después, incapaz de contenerse, musitó:

—¿Oyó algo, Johnny?

—Seguro. Sigamos, pero cuida de no hacer ruido.

—¡Dios! Tengo tanto miedo que podría ponerme a gritar.

—No temas.

Ella oyó un seco chasquido procedente de la mano derecha de su acompañante. Cuando miró vio la siniestra pistola y la vista del arma la tranquilizó en parte.

Ella no pudo contener por más tiempo su incertidumbre.

—¿Qué fue lo que oyó, Johnny?

—Una portezuela del coche, en el camino. Y no estamos a más de cincuenta metros, así que cierra la boca, linda.

Era cierto. Pocos pasos más, y bajo el pálido fulgor de las estrellas vieron brillar los cromados de la carrocería.

Sólo que vieron algo más. Una sombra informe y oscura que se movía junto al vehículo, como disponiéndose a rodearlo.

Nickie contuvo el aliento y el aire escapó de sus pulmones al sentirse atenazada por el pánico.

Johnny susurró:

—Quieta… no te muevas de aquí.

La soltó y avanzó agazapado, con la pistola amartillada. Sentía una furia destructiva empujarle hacia aquella cosa, fuere lo que fuese.

Si era lo que matara a Chris iba a pagarlo.

Inesperadamente, su pie tronchó una rama seca y el crujido que produjo sonó como un disparo.

Hubo un revuelo junto al coche, y algo como un gruñido sordo, profundo.

Johnny gritó:

—¡Quieto o disparo!

Echó a correr, pero cuando llegó al lado del vehículo ya no había nadie allí. Corrió como un gamo camino adelante, porque el intruso sólo podía haber tomado aquella dirección.

Corrió como jamás antes en su vida.

El esfuerzo resultó perfectamente inútil. No pudo ver el menor rastro de su perseguido, de modo que retrocedió hacia el coche y cuando llegó a él, la muchacha estaba dentro, con las portezuelas cerradas y los cristales subidos.

—¿Pretendes que regrese a pie? —dijo Brennan, golpeando el cristal.

Ella abrió la portezuela y tan pronto él estuvo sentado a su lado puso el motor en marcha y maniobró para dar la vuelta. Salió disparada por el desigual camino como sí la persiguieran todos los diablos del infierno.

Johnny comentó:

—¿A qué vienen ahora tantas prisas? Lo que fuera que estaba metiendo la nariz en el coche se alejó en dirección contraria a la que llevamos nosotros.

—Quiero llegar a casa y meterme en la cama y olvidarlo todo. ¿Sabes una cosa, Johnny? Yo no sirvo para este trabajo.

—Tonterías. Eres principiante… necesitas endurecerte un poco y estarás a punto.

—Nunca volveré a pasar tanto miedo…

—Pero si no ha sucedido nada… Un tipo curioso, o alguien que pretendía robar el coche, vete a saber.

—No crees ni una maldita palabra de lo que dices. Sólo tratas de tranquilizarme.

—En cierto modo sí.

—¿Pudiste… ver qué era… un hombre, o… o…?

—Sólo vi una forma imprecisa, algo oscura y grande. Debía ser un hombre sin duda. Me resisto a creer en monstruos a mi edad.

—Lo que mató a Chris Edwards no fue un hombre Johnny, debes admitir eso.

—No admito nada hasta que lo compruebe por mí mismo. ¿Crees que un monstruo capaz de cometer aquella sangrienta carnicería, con una zarpa tan poderosa que de un golpe puede destrozar un cuerpo humano, hubiera huido sólo con escuchar el crujido de una rama al romperse? Me habría atacado sin ninguna duda. O por lo menos habría esperado a verme para saber si podría repetir conmigo el trabajo que hizo con Chris.

—¿Y si hubiese sucedido así? —murmuró Nickie, estremeciéndose.

—Le habría matado.

Lo dijo con una voz fría, cortante como el filo de una navaja.

La muchacha le miró fugazmente. El recio perfil del hombre se le antojó tan duro que puso un estremecimiento en su piel.

Y en su fuero interno le creyó. «Supo» que si aquella cosa hubiera esperado, Johnny la habría matado sin titubear, fuera lo que fuere.

Detuvo el coche frente al hotel y ambos se miraron como sorprendidos de hallarse de nuevo entre la gente, después de su sorprendente experiencia.

El sonrió.

—Mañana seguiré dándote lecciones de cómo trabaja un reportero, pequeña.

—Si son como la de esta noche, olvídalo. No nací para estas experiencias.

—¿Vas a abandonar antes de empezar la pelea?

—Tengo miedo, Johnny, y no me avergüenza confesarlo.

—Bueno, yo también lo tengo si vamos a eso. Pero lo importante es aprender a dominarlo. Todo el mundo siente el miedo alguna vez y no por eso el mundo se detiene.

Ella desvió la mirada, sumergiéndola en la calle, las luces, los coches que se deslizaban por su lado... Signos de vida normal, conocida y sin sobresaltos.

—Dime una cosa, ¿quieres? —murmuró al fin.

—¿Qué cosa?

—¿Volverías a aquel lugar, ahora?

—No.

—Así que es cierto que tienes miedo...

—Naturalmente, pero ésta no es la razón. No volvería allí gratuitamente, sólo para demostrarme a mí mismo o a cualquier otro que soy capaz de hacerlo. Pero iría sin ninguna duda si necesitara investigar algo concreto, determinado, ¿entiendes? Por ejemplo, si

creyera que lo que fuera que rondaba el coche hubiera dejado huellas, volvería para buscarlas.

—Ya veo…

—Como ya sabemos que la hojarasca no conserva las huellas, no necesitamos volver —acabó, riendo.

—Cosa que me alegra mucho —dijo Nickie, sonriendo por primera vez—. Buenas noches, Johnny.

—Buenas noches.

Se apeó y antes de apartarse del coche dijo, inclinándose hacia la ventanilla:

—Te veré mañana si has vencido el miedo y quieres seguir adelante.

Ella asintió con un gesto y el coche se apartó de la acera, alejándose rápidamente.

Brennan entró pensativo en el hotel. Al fondo del vestíbulo había cuatro cabinas telefónicas. Consultó el número que necesitaba y marcándolo esperó.

Una voz sin inflexiones, que ya conocía, dijo:

—¿Quién habla?

—Brennan. ¿Es usted Craven?

—Sí. Hablé con el profesor, señor Brennan. Estará encantado de recibirle mañana por la tarde, a las ocho.

—Estaré ahí. Gracias por su colaboración.

Colgó. Empezaba a estar impaciente por conocer al científico y salir de dudas respecto a él.

CAPITULO V

El *sheriff* Clarke rezongó tras escucharle:

—No me cabe duda de que, fuera lo que fuere que vieran anoche, era lo mismo que mató a la muchacha...

—¿El monstruo de la enorme garra?

—Usted lo dice como si no creyera en lo que las fotografías nos han demostrado.

—Creo lo que vi en las fotos. Y creeré en ese monstruo si consigo verlo. Pero anoche no era ningún animal más o menos poderoso lo que rondaba el coche. Oí cerrarse una portezuela. Los animales no gozan de tanta inteligencia y habilidad como para abrir y cerrar las portezuelas de un auto.

—No sabemos la clase de ser de que se trate...

—Es cierto... pero sabernos que es algo infrahumano, juzgando sólo por lo que le hizo a Chris.

Clarke le miró con el ceño fruncido.

—Lo que me sorprende es que estuvieran usted y Nickie en ese lugar, precisamente anoche.

Johnny suspiró.

—Se lo voy a decir... Nickie trabajó para el profesor Rutherford durante un tiempo...

—Lo sé.

—Bueno, una noche oyó un gruñido, o algo que le pareció el gruñido profundo y sordo de un animal muy grande. Por eso se despidió del profesor, por temor a pasar por el bosque, de noche. Yo quise que me mostrara el lugar donde lo oyó... y dio la casualidad que es el mismo donde Chris fue atacada y muerta.

—Nunca dijo nada esa chica...

—Se lo dijo a su padre, y él se rió tachándola de miedosa o algo así... Ella pensó que los demás dirían lo mismo y decidió callar.

—Entiendo. Lástima que no pudiera usted ver mejor lo que espiaba el coche...

—Ciertamente, fue una lástima, porque yo llevaba una buena pistola.

Clarke dio un respingo.

—Sigue pensando en vengar a su compañera, Brennan, y eso es algo que yo no puedo admitir.

—Digamos que estaba prevenido. Y esta mañana hice algo más para prevenir pérdidas de tiempo tomando falsos derroteros. He telegrafiado al periódico dándole el nombre de Corner Fry, el demente de quien usted me habló y pidiéndoles que comprueben si aún está encerrado.

Clarke sacudió la cabeza.

—Es una pérdida de tiempo —rezongó—. Fry estará encerrado mientras viva.

—Pudo haber escapado. No sería el primer caso.

—No puedo impedirle que pierda su tiempo, Brennan. Pero sí le impediré que la emprenda a tiros con cualquier sombra que vea merodeando de noche por ahí. Y no le quepa duda que lo haré.

Johnny se levantó,

—Lo tendré en cuenta —dijo.

Y se fue.

El coche que perteneciera a Chris Edwards era un convertible último modelo, equipado con el revolucionario motor a turbina capaz de imprimirle asombrosas velocidades. Excepto el dominio del volante, todas las demás operaciones de funcionamiento y conducción eran completamente automáticas.

A bordo de él, Johnny viajó el corto trayecto hasta la residencia del profesor Thomas Rutherford a la hora convenida.

A pleno día, el bosque ofrecía un aspecto casi bucólico. Sobre el camino de tierra las copas de los árboles formaban un agradable túnel de verdor y sombra que invitaba a la relajación, al descanso, a la paz.

Sólo de noche, algo ajeno por completo al bosque lo convertía en siniestra pesadilla.

El profesor Rutherford era de estatura mediana, regordete, con cara sonrosada y ojos eternamente asombrados que miraban desde la protección de unas gafas de gruesos cristales.

—Lamenté profundamente la espantosa tragedia que sufrió la señorita Edwards —dijo tras estrecharle la mano a Johnny—. Era una mujer muy inteligente.

—Todos lo lamentamos. He buscado entre sus efectos personales, pero no he podido encontrar las notas que sin duda debió tomar de sus entrevistas con usted…

—No tomaba notas, en absoluto —replicó el profesor—. Dijo que tenía una memoria excelente y que escribiría directamente sus artículos en el hotel, cuando hubiera reflexionado sobre ellos.

—No debió escribir ninguno en este caso, porque en el periódico no se recibieron.

—Lo cual quiere decir que deberemos empezar otra vez. Le confieso que me fastidia un poco… especialmente con usted.

—¿Por qué conmigo en especial?

Los ojos del científico chispearon tras sus gafas.

—Porque usted no cree nada de lo que me concierne… Mejor dicho —rectificó con una leve sonrisa—, cree que estoy chiflado, o que soy un estafador o un visionario.

—Yo no dije…

—No necesita decirlo. ¿Dick? —el ayudante apareció con su expresión ceñuda de costumbre—. Creo que deberías preparar algo de beber. Y únete a la reunión. Tú tienes parte en este trabajo.

Sin replicar, Dick Craven preparó tres vasos, trajo botellas de soda y tras servir whisky se acomodó en una butaca, un poco aparte de los dos hombres.

Johnny dio un sorbo a su bebida y preguntó:

—Concretamente, profesor, ¿qué es lo que realmente ha conseguido usted con su nuevo receptor?

—En primer lugar, señales. Dick las ha oído también. Son unos cortos pitidos siempre iguales y a horas muy regulares. En principio tiene cierta semejanza con el sistema *morse*, sólo que no lo son. Eso lo

he comprobado hasta la saciedad.

—Me dijeron que también había captado voces...

—Una voz, en dos ocasiones. Muy clara... pero incomprensible.

—¿La grabó?

—Naturalmente. Eso me ha permitido asegurarme de que no se trataba de ningún idioma conocido. Saqué copias de la cinta y las envié a los mejores expertos en fonética idiomática. Todos han coincidido en que no es un idioma... terrestre, para entendemos.

—¿Entonces...?

—Saque sus propias conclusiones, Bernan. —Miró su reloj y añadió —: Le cité a esta hora para que oiga por usted mismo las señales originales. Después podrá escuchar las grabaciones.

—Eso sería muy interesante para mí.

Hablando por primera vez, Graven gruñó:

—Está cometiendo un error mayúsculo, profesor.

—¿Por qué?

—Escribirán sobre todo esto y hasta los niños le tomarán por loco... Ya debería haber comprendido que la gente no quiere creer en seres de otros mundos. Tienen miedo de creer en ellos. No aceptan siquiera la existencia de otros mundos habitados por seres inteligentes.

—Algún día habrán de admitirlos —rezongó el científico de mal talante—. Cuando dejen de pensar en monstruos agresivos, empujados por ansias de destrucción, de dominio tal como los han pintado en las películas de la televisión, quizá admitan que pueda haber inteligencia y bondad más allá de nuestro pequeño y ridículo mundo.

—¿Usted no cree que estas gentes, si existen, sean agresivos?

Rutherford sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Sí ellos pertenecen a otra galaxia, y han conseguido llegar hasta nosotros de algún modo, no cabe duda que poseen una ciencia tan superior a la nuestra que nos dejan casi en la Edad de Piedra de la técnica. Seres así de inteligentes y poderosos no tienen ninguna necesidad de ser agresivos o destructivos para conseguir lo que necesiten o se propongan.

—Ya veo.

—Termine su whisky, Brennan. Le llevaré al laboratorio.

Craven dijo:

—Insisto en que comete una terrible equivocación.

Johnny se volvió hacia él al levantarse.

—Escuche —le espeto—, no voy a burlarme del profesor ni de sus experimentos. Si creo honestamente que ha obtenido éxito, lo escribiré así. Si pienso que se equivoca igualmente lo diré. Y si llego a la conclusión de que es un embaucador, ya puede jurar que lo publicaré también. ¿Está claro, Craven?

—No necesita darme explicaciones a mí. Me he limitado a exponer mis opiniones.

—Ya basta de eso, Dick —refunfuñó el profesor.

Se dirigieron al laboratorio, instalado en el aplanado y enorme edificio que en otros tiempos fuera el granero de la granja.

En realidad, Brennan comprobó al entrar que de laboratorio tenía muy poco. Excepto en un rincón donde aparecían algunas probetas, retortas y dos microscopios, todo lo demás era un inmenso revoltijo de materiales heterogéneos. El desorden era absoluto, excepto en el centro, donde una gran mesa de acero parecía extrañamente sola en mitad de semejante desbarajuste.

Sobre la mesa, Johnny vio un complicadísimo aparato materialmente envuelto en cables de distintos colores. Tenía una remota semejanza con los clásicos aparatos de radio, debido a que estaba equipado con pequeños bulbos, condensadores y un amasijo de diminutos transistores.

En un ángulo de la mesa había una antena direccional de un modelo como Brennan no había visto nunca otra semejante. En cierto modo, parecía una maqueta en miniatura de la gigantesca antena parabólica direccional que coronaba la colina.

—Ahí lo tiene —dijo el profesor casi con veneración—. No hay trampa en ninguna parte y no me importa dejarle que lo examine todo hasta convencerse.

—No entiendo una maldita palabra de electrónica, así que no voy a revolver fingiendo que compruebo nada. Sólo me limitaré a

escuchar de momento.

—Muy bien. Observe...

Dio vuelta a un dial, ajustó unas clavijas y esperaron apenas unos segundos hasta que los bulbos estuvieron encendidos.

—Ya no puede tardar —dijo Rutherford—. El aparato está funcionando.

—No se oye cosa alguna...

—Claro que no... En realidad, este aparato es incapaz de captar las transmisiones de las emisoras de la Tierra. Me aseguré de que fuera así cuando lo perfeccioné para evitar confusiones e interferencias.

Johnny encendió un cigarrillo y miró a Craven, que se había recostado contra una mesa cargada de materiales.

Rutherford preparó una sencilla grabadora de cinta, ajustó el cable de grabación directamente con el receptor.

Volvió a consultar su reloj.

Johnny preguntó:

—¿Siempre capta usted las señales a la misma hora?

—Con muy ligeras variaciones... que luego le explicaré.

Craven dijo, sombrío:

—Y firmará su propia sentencia.

—Empiezas a cansarme, Dick —replicó el científico. Sé perfectamente lo que hago.

Craven se encogió de hombros y pareció desentenderse de cuanto sucedía a su alrededor.

De pronto, del aparato brotó un sordo zumbido. Rutherford exclamó:

—¡Ya está aquí! Eso es la onda portadora, Brennan... la tenemos captada. Ahora, miré.

Movió la pequeña antena del extremo. Cuando la varió de posición, el zumbido se amortiguó hasta casi desaparecer. En cualquier dirección que la moviera, la intensidad del sonido variaba. Cuando la devolvía a su posición primitiva se acentuaba al máximo.

—Sesenta y cinco grados —explicó—. La onda procede del este y con una inclinación de setenta y cinco grados. ¿Comprende?

—Hasta ahora, sí.

—Sufre ligeras variaciones... ¡Escuche!

El zumbido quedó repentinamente apagado y un ligero pitido repercutió en sus oídos. En el primer instante tenía cierta semejanza con el sonido de un teléfono cuando comunica el aparato al que se ha llamado. Luego, al fijarse mejor, se notaban las diferencias existentes. En primer lugar, las señales eran más prolongadas, mucho más sonoras, y tenían un cierto ritmo irregular.

Era comprensible que al principio Rutherford pensara en señales *morse*.

Cuanto más tiempo transcurría, más intensas y acuciantes resultaban. Ante el asombro del propio científico, llegó un instante en que tomaron una rapidez que las hizo semejantes a un tableteo frenético.

—¡Nunca habían sonado así! —jadeó Rutherford.

Incluso Craven se enderezó un poco, escuchando atentamente.

Johnny arrugó el ceño. Estaba formándose una teoría, pero esperó un poco más.

Entonces, nítida, sonora y rotunda, surgió la voz.

No podía caber la menor duda que era una voz inteligente y modulada. Habló de un modo gutural, con ligeros intervalos, como si pasar de una palabra a la otra le costase un esfuerzo, o estuviera reflexionando profundamente antes de pronunciarlas, quienquiera que fuese.

El profesor se retorcía las manos, excitado.

Craven había contenido el aliento.

Johnny estaba perplejo, porque a pesar de sus profundos conocimientos de idiomas, incluso primitivos, lo que oía le resultaba total y absolutamente incomprensible.

El mensaje, si lo era en realidad, duró casi dos minutos. Después, la voz calló, hubo otra sucesión de pitidos y, finalmente, éstos cesaron y casi inmediatamente el zumbido de la orden portadora se apagó

también.

Rutherford permaneció largo tiempo quieto, estático, los ojos brillándole con intensidad detrás de los cristales de sus gafas.

Craven gruñó:

—Es la misma voz, estoy seguro.

—¡Claro que es la misma!

—Falta saber si ha dicho lo mismo...

—Eso podremos averiguarlo fácilmente comparando las dos cintas... Los espacios, las pausas, las modulaciones, la vibración misma deberán indicarnos si las palabras son las mismas. En última instancia las llevaré a un laboratorio de análisis fonéticos. Poseen aparatos que comparan matemáticamente dos voces, probando si son o no las mismas.

Johnny dijo de pronto:

—¿No puede tratarse de señales y voces emitidas desde la Tierra y que reboten en la ionosfera? Las ondas hertzianas suelen hacerlo en determinadas condiciones,

—Lo pensé e hice innumerables comprobaciones. Pero acabé por desechar esa idea debido al grado de inclinación en que llegan. Tenga en cuenta que la Tierra tiene un movimiento de rotación y otro de traslación... Si fuera un efecto de rebote, nunca llegarían de la misma dirección. Variarían tanto como hubiera variado la Tierra, su posición.

—Ya veo...

—No, Brennan... Esas señales vienen del espacio exterior.

—Exactamente, ¿cuál es su teoría? Craven gruñó:

—Ahora es cuando va a cavar su propia fosa.

—¿Por qué?

—Déjele que hable —dijo Craven, sombrío—. En cuanto usted lo publique, el estúpido público que no cree lo que no ve se pondrá a reír a carcajadas.

—Veremos —masculló Rutherford—. ¿Qué sabe usted de astronomía, Brennan?

—Apenas nada. Y puede decirse que todo lo que sé lo aprendí a partir de que el hombre logró poner el pie en la Luna.

—Si yo le mencionara un cuerpo celeste mil trescientas veces mayor que la Tierra, ¿qué diría usted que es?

—Júpiter, naturalmente.

—Ahora, calcule esos setenta y cinco grados de inclinación de la onda portadora, salga fuera y trate de mirar al cielo en la dirección que señala esa inclinación.

Perplejo impresionado a su pesar, Johnny salió de la nave seguido de los dos hombres. Hizo un rápido cálculo y levantó la mirada.

Entre los millares de estrellas, un punto luminoso destacaba con clara brillantez.

El profesor murmuró:

—Júpiter, Brennan. Es el cuerpo celeste más brillante que hay en esa dirección.

—Permítame... estoy un poco confundido. ¿Cada vez que capta la señal, proviene del lugar que en ese momento ocupa el planeta Júpiter?

—Exactamente y esté donde esté.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo.

—Pero entonces esas señales indicarían que existen seres inteligentes en Júpiter. ¿Lo cree usted realmente?

—Siga razonando, Brennan, y dese usted mismo una respuesta.

—No lo creo. Habrían de ser monstruos de una tremenda fortaleza para poder habitar en un planeta como Júpiter. Usted sabe la espantosa gravedad que hay en él.

—Exacto. Una gravedad capaz de aplastar a un hombre de la Tierra con la misma facilidad que un elefante aplastaría un huevo al pisarlo.

—¿Entonces...?

—Quizá no hay habitantes, ni monstruosos ni de ninguna clase. Y quizá quienes mandan esas señales se sirvan del planeta como una

estación intermedia. Pueden ser gentes procedentes de otro sistema solar, de otra galaxia…

—De cualquier modo, la gravedad les aplastaría.

—¿Y las lunas, Brennan?

Johnny abrió la boca, estupefacto.

—¡Las lunas! —musité—. ¡Las lunas de Júpiter!

—Naturalmente. Hay nueve girando en torno a ese inmenso mundo. Y no sólo eso; dos de esas lunas son las más grandes de nuestro sistema solar, mucho mayores que la nuestra, incluso más grandes que el planeta Mercurio. Por lo que sabemos, sus condiciones de gravitación deben ser muy parecidas a las nuestras. Incluso existen muchas posibilidades de que tengan atmósfera y agua, y unas condiciones que permitirían una vida superior muy semejante a la nuestra.

Johnny estaba profundamente impresionado. Se resistía a creer, y por otra parte, racionalmente, admitía la posibilidad de que estuviera ante un hecho trascendental que podría cambiar la futura historia de la humanidad.

El profesor añadió:

—Esas dos lunas son Calixto y Ganimedes. Giran en torno a Júpiter como lo hace nuestra Luna en torno a la Tierra. Y vuelvo a repetirle que quizá no tengan habitantes, pero que seres de otra galaxia tal vez estén utilizándolas de base intermedia, de plataforma desde la que disponerse a otra etapa de su gran viaje.

Johnny trataba de salir de su estupor y murmuró:

—¿Y qué hay de la temperatura?

—Bueno, no sabemos mucho al respecto sobre esas lunas, aunque sí conocemos la de Júpiter y a su lado la que reina en nuestro Polo Norte sería casi tropical.

Reinó Un largo silencio. Cuando Johnny reaccionó encendiendo nerviosamente un cigarrillo miró en torno y ya no vio a Craven.

Rutherford dijo:

—¿Piensa usted que estoy loco, Brennan?

—¿Quién sabe quién está loco y quién no? Y cuándo se

manifiesta la demencia, y de qué modo… Personalmente, creo que no lo está.

—¿Lo escribirá así?

—He de pensar sobre eso. Desde luego, no mencionaré la palabra demente al referirme a usted. Aunque uno nunca sabe… El *sheriff* mencionó el caso de un hombre que normalmente era tratable, amistoso, y que bajo el efecto de su demencia se convertía en una fiera… un licántropo, un hombre-lobo…

Rutherford suspiró.

—Fry —dijo—. Le conocí muy bien.

Johnny contuvo el aliento y miró de soslayo al científico.

Tras sus gafas, los ojos de Rutherford brillaban con profunda intensidad.

CAPITULO VI

Habían cenado juntos en un pequeño parador, a escasas millas de la población.

Durante la cena apenas si habían hablado de trabajos de reportero. Nickie parecía más interesada en el pasado de Johnny que en otra cosa.

Después, saboreando un fuerte café negro, Brennan dijo:

—¿No sientes interés por saber lo que hemos hablado el profesor y yo?

—En todo caso, un interés muy relativo. Es tu reportaje.

—Oí las señales procedentes del espacio, ¿sabes? Y una voz incomprensible, pero una voz a fin de cuentas, de eso no cabe duda.

—¿Crees ahora realmente que procedía de seres de otros mundos?

—Digamos que tengo el cincuenta por ciento de convencimiento. Aún sigo dudando. Rutherford es inteligente. Puede ser también un buen embaucador.

—Pero, ¿con qué propósitos? Tramar todo eso… montar esa costosa instalación… ¿Para obtener qué, Johnny, dinero?

—No veo cómo podría obtenerlo, a menos que tratara de vender su receptor.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé. Quizá popularidad, afán de que se hablase de él; fama mundial o cualquier otra cosa por este estilo.

—No me parece de esa clase de hombres. Ha trabajado muy duro y siempre con sus propios medios, Johnny.

Jamás ha intentado conseguir dinero, y me consta que hubiera podida obtenerlo porque hubo industriales interesados en asociarse con él… Pero Rutherford siempre se negó.

—Te repito que estoy desconcertado. Y por primera vez en mi

carrera temo que he remitido un reportaje que refleja fielmente ese desconcierto mío. A mi jefe de redacción no va a gustarle.

—¿Piensas seguir profundizando en ese descubrimiento del profesor?

—Por supuesto.

—¿Y el crimen, Johnny?

—Este es otro asunto —rezongó Brennan—. Cuando reciba respuesta a algunas consultas que efectué por telégrafo quizá pueda empezar a trabajar por ese lado.

Ella le observó largamente. Una leve sonrisa afloró a sus labios rojos y gordezuelos.

—¿Sabes qué pienso, Johnny?

—Dímelo.

—Que forzosamente hay una relación entre la cosa que mató a Chris Edwards y el descubrimiento del profesor…

—He pensado sobre eso, pero confieso que no he podido hallar un nexo de unión entre una cosa y la otra. ¿Lo tienes tú acaso?

—No, claro que no. Es sólo una corazonada.

El se echó a reír.

—Algunos de los mejores reportajes de la historia del periodismo —dijo—, tuvieron su inicio en una corazonada de alguien. Tú tienes condiciones, pequeña.

—No te burles de mí. Es una corazonada, pero con cierta base lógica. Por ejemplo, tu compañera fue al bosque a pie, abandonando su coche en la carretera. Creo que no caben dudas de que se disponía llegar a la granja del profesor sin ser vista por éste ni por su ayudante…

—Sigue. Estás haciéndolo muy bien.

—Bueno, tal vez a esa cosa, o lo que sea, no le interesaba que ella llegara a su destino.

—¿Y por qué no le interesaba?

—Ahí es donde me pierdo. No lo sé. Si pudiésemos saber lo que

ella buscaba...

—Eso, mi pequeña aprendiza, creo que lo sé.

Ella dio un respingo.

—Es cierto, Johnny?

—Pienso que puedo adivinarlo. A Chris debió asaltarle la misma idea que me asaltó a mí después de la experiencia con el profesor y su mensaje del espacio...

—¡Por favor, no te detengas ahora, cuéntame!

—Tú debes haber visto su taller, lo que él llama laboratorio.

—Un par de veces solamente, y muy brevemente.

—¿Viste la mesa donde está montado el receptor?

—Sí.

—¿Y la antena direccional?

—También la vi, sujeta a un extremo de la mesa.

—Bueno, esa pequeña antena es la que facilita la onda portadora al receptor, Y si es así, qué finalidad tiene la otra, esa gigantesca que se alza sobre la colina?

—¡Es cierto...!

—La antena pequeña, del taller, capta el mensaje sin ninguna duda. Apenas se le varía la dirección, la intensidad de la onda portadora varía también, debilitándose. Muy bien, si esa pequeñez es capaz de hacer todo el trabajo ella sola, ¿para qué gastarse una fortuna, y realizar un trabajo agotador construyendo la grande?

—No lo sé, Johnny. Pero quizá esa de la colina está destinada a otro cometido...

—¿Qué mejor cometido que esa comunicación con seres del universo?

Nickie no acertó a replicar.

Brennan añadió:

—Yo estuve examinándola y me pareció genuina, quiero decir efectiva, capaz de hacer el trabajo para el cual fue diseñada. Pero sólo

le eché un vistazo, y de noche. Chris llegó a la misma conclusión que yo después de sus entrevistas con el profesor, es posible que pensara ir a la colina y comprobar detenidamente si la tal antena no es sólo una cortina de humo… un engañabobos para decirlo llanamente.

—Pero… entonces estarías dándome la razón. La mataron para que no investigara.

—Es muy posible. Pero recuerda que es sólo una teoría.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Tendré otra charla con el profesor y le pediré sin rodeos que me explique para qué sirve la antena de la colina. Y luego haré que me demuestre su funcionamiento y su utilidad sobre el terreno.

—Entiendo…

—¿Te gustaría asistir a la entrevista, cuando se celebre?

—Si crees que yo puedo sacar algo en limpio, sí. Pero temo ser más bien un estorbo… Posiblemente el profesor piense que una persona del pueblo sólo puede reportarle disgustos. No ignora que la gente, aun apreciándole, le tiene por chiflado.

—Tal vez tengas razón. Iré solo y te informaré de mis conclusiones.

—¿Por qué haces todo eso por mí, Johnny?

El se echó a reír.

—Mira, preciosa; en primer lugar realizo mi trabajo. Y por otra parte espero dejarte tan obligada a mí que cuando me decida a besarte no puedas sacudirme un tortazo.

Ella se sobresaltó.

—¿Eso es lo que estás deseando? —murmuró.

—Desde que entraste en mi cuarto del hotel.

—Entonces, con toda tu larga experiencia, ¿por qué no lo hiciste?

El se quedó boquiabierto.

—Espera que salgamos de aquí —gruñó—, y no tendrás que hacerme ese reproche dos veces.

—No era un reproche, sólo una simple pregunta.

—Te daré una simple respuesta... fuera de este lugar.

Ella sonrió, y al sonreír sus ojos brillaron más intensamente y los labios pareció que adquirían la fuerza de atracción de un abismo.

El se estremeció.

Pensó que Nickie era apenas una chiquilla y que estaba pisando un cristal muy delgado, porque un hombre de su edad arriesga demasiado dejándose atrapar por unos labios como aquellos, por una juventud como la de esa muchacha cuya belleza parecía introducirse hasta su propia sangre.

Sin embargo, llamó al mozo, pagó y dijo:

—Vamos, salgamos de aquí.

Ella desvió la mirada.

Abandonaron el local y caminaron hacia el coche. Antes de abrir las portezuelas, Nickie estaba aprisionada entre los brazos del hombre, su boca ardía como una llama y en su interior todo parecía girar como un torbellino...

CAPITULO VII

Inclinado sobre su receptor, Rutherford trataba de descubrir qué era lo que andaba mal.

Cerca de él, Graven refunfuñó:

—Le repito que he repasado este maldito aparato un millón de veces. Todo es correcto en él. Está en perfectas condiciones de recepción.

—No puedo creer que hayan dejado de transmitir... y hoy no ha habido ningún mensaje, ninguna señal... Debe haberse averiado...

—El aparato está bien, profesor —repitió su ayudante con voz de fastidio.

Rutherford se volvió hacia él. Estaba tenso y nervioso.

—A ti te alegra que ya no hubieran más señales, ¿no es cierto, Dick?

Craven se encogió de hombros.

—Para mí —dijo—, es completamente indiferente.

—¿Crees que no te conozco?

—Creo que iré a acostarme.

Craven se fue hacía la puerta. Tras él, Rutherford gritó:

—¡Espera, maldito seas!

Se volvió, el esquelético rostro tirante.

—¿Qué quieres ahora?

—¡Aún no hemos terminado! Quiero que revises todos los circuitos.

—Con ésta serían cinco veces. Están perfectamente.

—¡Eso es lo que tú dices! Pero la verdad es que esperas que fracase... quieres verme fracasado, arruinado, convertido en el hazmerreír del país... ¿No es eso lo que deseas?

Craven rechinó los dientes y señaló los bulbos encendidos con un seco ademán:

—Si un solo bulbo estuviera averiado, automáticamente los bulbos dejarían de funcionar. ¿Es usted tan torpe que no lo recuerda?

Inesperadamente, del receptor surgió el familiar zumbido de la onda al ser captada.

Rutherford dio un salto, volviéndose.

Craven maldijo entre dientes, mientras el zumbido ganaba en intensidad.

—¿Y ahora qué? —barbotó, sarcástico—. ¿Ese es todo su genio, profesor? Ahí tiene sus señales...

—¡Dios! ¿No te das cuenta?

—¿De qué?

—¡La antena!

Craven se aproximó, Rutherford balbuceó:

—No estaba dirigida a la dirección acostumbrada...

La movió ligeramente para que adoptara la posición en que siempre habían llegado las señales. El zumbido casi desapareció.

—¡Viene de otra dirección... otra órbita...!

Craven rió con inmenso sarcasmo.

—Ahora debería estar aquí ese periodista... para que se riera hasta el día de juicio con su teoría de Júpiter, profesor. Le advertí...

—¡Espera!

Fijó la antena hacia la dirección óptima para la recepción de la señal.

Hubo una corta sucesión de leves pitidos, a un ritmo como no habían sonado nunca. Después pareció captar una crepitante serie de interferencias y en medio de ellas resonó, apagada y confusa, la misma voz que oyeran otras veces.

Sólo que en esta ocasión la entendieron perfectamente.

—¡Atención... Aten...ci...ón...!

Rutherford se quedó sin aliento, mirando el aparato como si estuviera ante una serpiente de cascabel.

—¿Oíste? —jadeó.

Craven no pudo replicar porque él también había quedado mudo de estupor.

La voz se fundía con los parásitos de la onda portadora de la señal. La palabra *Atención* resonó, entrecortada, varias veces más.

—¿Te das cuenta? —chilló al fin Rutherford—. ¡Hablan nuestro idioma...!

—No se alborote aún... Quizá el aparato esté captando una emisora terrestre... alguna onda corta de aficionado...

—¿No oíste que se repitieron los pitidos de todos los días, las mismas señales? ¡Son ellos, Dick, estoy seguro!

—¡Aten...ci...ón...!

—¡Dios, si pudiera responderles...!

—¡Calle!

La crepitación estática subió de tono hasta casi dañarles los oídos. En medio de ella, la voz prosiguió dificultosamente:

—Acercándonos... incidencia conexión... ¿Es correcto... idioma?

—¡Sí, sí! —chilló Rutherford casi histérico—. ¡Les comprendemos...! ¿Oyes, Dick? Vienen... vienen hacia aquí...

—No puedo creerlo...

—¿Pero es que no oyes? Estoy grabando la voz, podrás convencerte...

—¡Silencio!

La extraña voz cuya modulación resultaba exótica en extremo dijo:

—Punto contacto... incidencia onda mensajes. Sé que captan mis señales, atención... pueden comunicarse conmigo... Sigan instrucciones. Atención...

Rutherford atrapó un cuaderno de notas y un bolígrafo.

—¡Ojalá sea posible...! ¿Dick?

—¿Qué quiere?

—Llama a Brennan. Quiero que esté aquí. Si no responde al teléfono coge el coche y tráele. ¡Aprisa!

Craven maldijo en voz baja, pero abandonó la gran nave y corrió al teléfono de la casa. Trató de hablar con Johnny en el hotel, pero le dijeron que había salido hacía ya horas.

Volvió a salir. Instintivamente miró al estrellado firmamento y rechinó los dientes, mascullando incesantes maldiciones.

No obstante, subió al coche y condujo velozmente por el desigual camino de tierra hacia la carretera.

Seguramente que Craven no había hecho el recorrido hasta el pueblo en tan poco tiempo en ninguna otra obsesión. Llegó al hotel y frenó bruscamente.

El empleado sacudió la cabeza al verle.

—Ya le dije por teléfono que no estaba aquí. El señor Brennan salió a cenar con la hija de Jonas Wayne.

—¿Nickie?

—La misma, Craven. Pero bueno, ¿qué es lo que pasa con tanto alboroto?

—¿Adonde fue a cenar? Tal vez preguntó por un restaurante a alguien del hotel...

—La chica debió servirle de guía. Personalmente, me dejaría guiar por ella hasta el infierno.

Craven salió zumbando, dejando atrás la risita del empleado.

Esta vez condujo hacia la casa donde vivía Nickie en compañía de su padre, propietario del semanario local.

Jonas Wayne era un hombrecillo de aspecto descuidado, cara macilenta y ojos vivos.

—Hola, Craven —dijo al abrir la puerta—. Entre... ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito encontrar a ese periodista de Nueva York. Me dijeron

en el hotel que salió a cenar con Nickie. ¿Le dijo su hija adonde pensaban dirigirse?

—Bueno... creo que ella tenía la idea de ir a El Galeón, ese parador sobre la carretera.

—Gracias. Probaré allí,

—¡Eh, espere un minuto! ¿Qué es lo que ocurre?

—El profesor quiere hablar con Brennan inmediatamente, eso es todo.

—Pero algo debe haber sucedido para que de repente al viejo chivo le hayan entrado esas prisas...

—Lo siento, no puedo decirle nada más.

El coche partió como un cohete.

Wayne se quedó en la puerta, perplejo, intrigado hasta la exasperación.

Craven dejó atrás la población y aceleró, volando sobre la ancha carretera que se elevaba en suaves curvas para coronar las alturas desde las que se gozaba de una magnífica visión de Farlington lleno de chispeantes luces.

El parador surgió tras un recodo. Saltó del coche y entró en el elegante restaurante erigido en un paraje arbolado, cada uno de cuyos árboles había debido ser traído hasta ese lugar en otro tiempo desértico.

El *maître* le escuchó con un mirada inquieta.

—¿Para qué desea usted...?

Craven le atajó:

—Déjese de rodeos. No es la chica quien me interesa, sino el hombre que la acompaña. Es importante que hable con él.

—Bien, cenaron aquí. Por lo menos, Nickie Wayne estuvo cenando en compañía de un caballero. Salieron hace como quince minutos

Craven no pudo ahogar una maldición.

—¿Alguien vio la dirección que tomaron?

—Lo dudo, señor.

Desalentado, Craven regresó al estacionamiento. Se había cruzado con dos o tres coches mientras corría hacia el restaurante. En cualquiera de ellos podía viajar la pareja en cuestión.

Volvió a la ciudad más impaciente a cada instante porque rabiaba por regresar al laboratorio y escuchar aquella voz extraña que parecía llegar de las estrellas.

Mientras conducía, Craven rechinaba los dientes, dominado tanto por la impaciencia como por la cólera. Estaba tan enfurecido que se distrajo y de milagro no se estrelló contra otro auto que le cruzó al entrar en Farlington.

Una vez más paró ante el hotel.

Brennan no había regresado.

Volvió a casa de la muchacha y le abrió la puerta Jonas Wayne, que le contempló asombrado.

—¿Usted otra vez? —exclamó—. ¿Es que le ha sucedido algo a Nickie, pudo usted localizarles?

—No. Se fueron del restaurante hace tiempo. Pensé que quizá habrían regresado a casa…

—No han venido aún… Quizá se detuvieron a tomar un trago en cualquier parte.

—Es posible. Si ve usted a Brennan, por favor, dígale que se ponga en contacto con el profesor. O mejor, que vaya directamente a verle. Es muy importante.

—Se lo diré, naturalmente.

Craven partió y Wayne sintió crecer aún más su curiosidad.

Tal vez fuera un buen asunto para su semanario asistir también a la entrevista de Brennan con el profesor…

CAPITULO VIII

Johnny detuvo el convertible delante de la casa de la muchacha. Volviéndose en el asiento la miró en la penumbra.

—No estoy muy seguro de que todo esto no sea una insensatez, Nickie —murmuró.

—¿Amarse puede ser insensato?

—Normalmente, no.

—¿Es que no me amas normalmente? —rió la muchacha.

—Ya sabes lo que quiero decir… Tú eres aún una chiquilla.

—Y tú un viejo sexagenario, casi. Bueno, ¿y qué?

El sacudió la cabeza. Un instante después estaba besándola, y bajo la ardiente pasión de aquellos labios olvidó todas sus dudas y prevenciones.

Nickie forcejeó al fin para librarse del cepo que la apresaba.

—¡Tú… salvaje! —jadeó—. Un poco más y me ahogas.

Abrió la portezuela y dijo:

—Ven, tomarás una cerveza antes de irte al hotel.

—¿Está tu padre en casa?

—Naturalmente. ¿Qué te habías creído?

Nickie se echó a reír al ver el gesto de desencanto de él.

Luego, los dos entraron en la casa. La muchacha empezó a preocuparse al ver el interior oscuro y silencioso.

—¿Papá? —exclamó.

Johnny comentó:

—Si no está vas a lamentar haberme invitado. O quizá no, uno nunca sabe a qué atenerse con las mujeres…

Ella encendió las luces.

—Tal vez se ha acostado ya… aunque nunca lo hace tan pronto. ¿Papá, estás ahí?

Tampoco obtuvo respuesta. Encendió las luces de la sala en el instante en que los brazos de Johnny la ceñían por la cintura.

—¡Espera un minuto, Johnny Brennan! —jadeó.

El la obligó a volverse. Estaba a punto de besarla cuando vio la gran hoja de papel apoyada en una lámpara de sobremesa.

—Mira eso. Tal vez te ha dejado un mensaje.

Ella se escabulló de sus manos y tomó el papel. No pudo contener una exclamación asombrada.

—Léelo, Johnny —murmuró.

El la obedeció, leyéndolo por encima de su hombro.

—No lo entiendo. Te pide que me digas… que vaya a ver inmediatamente al profesor Rutherford. ¿Por qué te lo pide a ti?

—Porque imaginó que me traerías a casa. Lo que no comprendo es adonde ha ido él, porque me pide que no le espere levantada, que regresará tarde… Algo debe haber sucedido.

—En todo caso, es algo relacionado con Rutherford.

—¿Vas a ir a verle?

—Seguro. Pero le llamaré primero por teléfono para estar más seguro.

Descolgó el auricular y disco el número. El timbre, en el otro extremo de la línea, repiqueteó una y otra vez sin que nadie respondiera.

Colgó, ahora francamente alarmado.

—Me voy —dijo ya camino de la puerta—. Algo debe haber sucedido.

—¡Espera! Iré contigo.

—No sabes con lo que podemos enfrentarnos una vez allí… No me gusta en absoluto ese silencio del teléfono.

—Iré contigo de todos modos.

—Está bien.

Atravesó la población a creciente velocidad. Un sentimiento de inquietud le dominaba mientras volaban carretera adelante.

Luego, al atravesar el bosque sombrío, la muchacha susurro:

—¿Crees que papá esté allí, Johnny?

—¿Cómo puedo saberlo? Sí ha sucedido algo grave, es posible que tu padre haya acudido para tener información de primera mano para su semanario...

Dejaron atrás el bosque.

La casa de Rutherford estaba completamente a oscuras, pero en el pabellón que servía de taller-laboratorio brillaban luces.

Johnny detuvo el coche a poca distancia del portalón y gruñó:

—Ahora, espérate aquí hasta que yo haya comprobado que todo va bien.

Ella no replicó, pero saltó del coche detrás de él y se pegó a su lado, tensa y excitada.

Entonces, al levantar la mirada, exclamó:

—¡Mira, Johnny...!

El siguió la dirección que ella le indicaba. La gigantesca antena de la colina estaba iluminada y giraba de abajo arriba con lentitud. Un movimiento apenas perceptible, sólo visible gracias a las luces.

Sin titubear más, Johnny empujó el portalón y entró.

Rutherford estaba sentado junto a la mesa de acero, manejando la antena pequeña.

Apenas desvió la atención un segundo.

—¿Es usted, Brennan? Venga aquí...

—¿Qué diablos sucede, dónde está su ayudante?

—Preparando algo de café. Vamos a tener un trabajo endiablado esta noche. ¡Eh! ¿A quién ha traído con usted?

Se volvió, forzando la mirada bajo los cristales de sus gafas.

—Nickie, ¿eh? No estoy seguro de que me guste su presencia aquí en esta ocasión.

—Habrá de gustarle. No voy a mandarla de regreso, sola, a estas horas.

—Quisiera estar seguro de su discreción, eso es todo.

—No creo que tenga que temer por ese lado. He visto iluminada la antena de la colina. ¿Qué sucede?

—Siempre se encienden las luces si está en funcionamiento.

—De eso quisiera hablarle, profesor —saltó Brennan sin rodeos —. Me pregunto qué finalidad tiene aquella antena, si la que realiza el trabajo es ésta que tiene usted ahí.

—¿No le expliqué…? Bueno, posiblemente olvidé mencionarle este detalle. Las dos antenas son la misma. En realidad, esta pequeña es incapaz de captar ni siquiera nuestras propias voces. Es… ¿cómo le diría? La guía de la otra. Todos los movimientos que yo realizo con ésta, son ejecutados por la grande automáticamente mediante un sistema de relés electrónicos.

—Ya veo… ¿Cuando yo escuché las señales también sucedió de ese modo?

—Naturalmente. Pero eso carece de importancia. Esta noche ha sucedido algo insólito, increíble… La voz del espacio habló en nuestro idioma, Brennan.

Este dio un respingo.

—¿No habrá captado la emisión de un radioaficionado? —gruñó.

—En todo caso, es un radioaficionado que está a millones de millas de la Tierra… viajando hacia nosotros.

—¿Qué?

—Escuche esa cinta y luego dígame qué le parece. Oirá unas instrucciones técnicas referentes a la manera de devolverle las señales para indicarle nuestra conformidad, y fijar exactamente el punto donde debe aterrizar. Eso, usted no lo comprenderá porque incluso para mí resultan casi incomprensibles… pero todo lo demás sí podrá entenderlo.

—¿Craven lo oyó también?

—Sí, aunque se perdió una parte cuando fue a buscarle a usted.

—Comprendo... Veamos esa cinta.

La grabadora comenzó a emitir el principio del asombroso mensaje.

La muchacha y Brennan cambiaron una mirada sobresaltada, incapaces de emitir una sola palabra.

Rutherford sí estaba dispuesto a hablar. Y se aprestaba a hacerlo cuando repentinamente un bulbo rojo sobre la mesa se encendió, parpadeando frenéticamente.

—¡La antena! —jadeó el científico, levantándose de un brinco.

—¿Qué pasa con la antena?

Apagó la grabadora y empezó a accionar un botón.

—Algo la ha detenido... Es la señal de alarma que avisa de toda posible anomalía en su funcionamiento.

Johnny corrió al exterior y miró hacia la colina. Ya no se veían las luces que antes señalaran la posición de la antena.

—¡Las luces se apagaron, profesor!

—Algo debe haberle pasado a la instalación... ¡Dick, maldito seas! ¿Dónde te has metido?

Siguió presionando el botón una y otra vez, gruñendo de impaciencia.

Al fin, Dick Craven entró disparado, jadeando.

—¿Qué diablos ocurre con todo este alboroto?

—¿A ti qué te parece? ¡Mira eso!

Craven miró el bulbo rojo y dio un respingo.

—¡La antena! —exclamó.

—Todo un descubrimiento. Toma el *Jeep* y sube a ver qué ocurre... ¡Precisamente esta noche. Señor!

El científico se llevó las manos a la cabeza.

Craven dio media vuelta y salió disparado.

Johnny dijo:

—Iré con él. Quédate aquí, Nickie.

Ella asintió y dijo, volviéndose hacia Rutherford:

—Creo que iré a la casa a preparar el café… Craven debe haberlo dejado sin terminar.

—Muy bien, pequeña. Ah, olvidé decirte que me alegró verte.

—Gracias, profesor.

Cuando ella salió del laboratorio, las luces rojas del auto «todo terreno» se alejaban en la distancia rumbo a la colina.

La voz de Johnny, a su izquierda, casi le arrancó un alarido:

—¡Ese bastardo…! —dijo el reportero.

—¡Johnny! ¿Es que quieres matarme de un susto? Creí que ibas en el *Jeep*.

—No me lo permitió. Por lo visto, el secreto de toda esta complicada instalación reside en la antena y teme que viéndole manejarla para reparar la avería pueda delatarlo en mis artículos. Ese fulano se sabe todas las respuestas. A propósito, ¿adonde ibas tú?

—A terminar de preparar el café.

—Está bien, estaré en el laboratorio. Quiero escuchar esa cinta completa.

La muchacha conocía bien la casa debido al tiempo que estuvo trabajando con el profesor.

Encendió las luces y miró los familiares detalles de todo lo que la rodeaba. Luego, fue a la cocina y vio que Craven solamente había sacado el pote del café. La cafetera estaba aún en el estante.

La abrió y sintiéndose sobrecogida por lo que significaba aquel mensaje del hombre de las estrellas, empezó a preparar la infusión segura de que esa noche nadie iba a pegar un ojo en el laboratorio.

Ella no podía saber que para entonces, la zarpa salvaje había descargado otro feroz ataque…

CAPITULO IX

El bulbo rojo se apagó cuando estaban dando fin a la primera taza de café.

Rutherford no pudo contener un suspiro de alivio.

—Dick Craven es una suerte de perrillo gruñón, pero hay que reconocerle una soberbia habilidad para la electrónica —comentó satisfecho—. Sin él todo esto hubiera sido mucho más difícil para mí.

—¿Cree usted realmente en ese mensaje, profesor? —le espetó Johnny.

—¿Que si creo en él? Pero, hombre, ¿no acaba de oírlo usted mismo? Es la misma voz, no cabe duda...

—Es algo tan fantástico que me resisto a admitirlo sin más ni más.

—Espere y verá. Esta misma noche, Craven y yo pondremos manos a la obra... suponiendo que consigamos comprender las instrucciones. Si realmente puedo comunicar con esos seres antes de su llegada... Bueno, nadie podrá poner en duda su existencia.

—No sabe usted las intenciones que les empujan hacia nosotros, profesor.

—Amistosas, sin duda. ¿Cree que en los otros mundos del espacio deben forzosamente ser tan salvajemente primitivos como los seres de la Tierra, pensando sólo en enriquecerse a costa de los más débiles, en provocar guerras, en destruirse entre sí?

—No sé qué pensar. Pero de cualquier modo, voy a consultar este asunto con mi jefe. Si es cierto que hay una nave estelar en ruta hacia nosotros, presumo que las autoridades deben saberlo.

Rutherford se estremeció:

—No debía hacerle partícipe de este acontecimiento, Brennan. Tiene usted la mente pequeña del noventa y ocho por ciento de la gente. Pequeña, estrecha, rutinaria. ¡La mente de un mosquito! ¿Qué cree que provocará usted si hace público este acontecimiento antes que se produzca?

—Quizá el pánico general, no lo sé.

—O una gran avalancha de curiosos. Agresivos, mezquinos curiosos que querrán asistir de cerca a la destrucción de los *Invasores*. Después de todas las películas y series de televisión masivas que se han producido, para la masa todo lo que venga del espacio es un enemigo al que es preciso exterminar.

Johnny masculló un juramento.

—¿Qué es lo que usted quiere, profesor, recibirlos en secreto?

—Ni más ni menos. Hablar con esos seres, sean como sean. Prevenirles de la clase de recibimiento a que están expuestos si no se muestran con cautela, dejándonos primero advertir al gobierno de sus pacíficas intenciones, Usted acaba de oír el mensaje. Aseguran que pueden ofrecernos su tecnología para hacer mejor nuestro mundo, para elevar nuestra vida... Usan un lenguaje inteligente y pacífico, Brennan.

Este miró a la silenciosa muchacha.

Encendió un cigarrillo, muy nervioso.

—Esperaré —decidió al fin—. Pero que me condene si sé por qué lo hago. Estoy desperdiciando el reportaje en exclusiva más sensacional de toda la historia del periodismo.

—Seguirá teniendo la exclusiva de cualquier modo. Pero antes es preciso que esos seres sean prevenidos. Quizá ellos tengan algunas ideas también sobre lo que deben hacer con los gobiernos de las naciones de la Tierra. Por mi parte, podrían barrer a la mayoría y el mundo giraría mucho mejor —terminó con ironía.

Brennan se volvió hacia la muchacha.

—¿Puedo contar con tu discreción, Nickie? —murmuró.

—Seguro.

—¿No dirás nada a tu padre para que lo publique en su semanario?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. Hasta saber qué hay de cierto en todo esto, y qué intenciones traen esas gentes del espacio, si realmente están a punto de llegar.

Rutherford soltó una risita.

—Ustedes dos lo ponen en duda, ¿eh? —cacareó—. Veremos qué dirán cuando se encuentren ante los extranjeros, y nunca mejor empleada esta palabra.

—Profesor, si llegan no me importará el significado de nuestras palabras, sino el de las de esa gente.

El aparato emitió un súbito zumbido y luego calló. El sonido se repitió tres, veces.

—La señal de Craven —suspiró el profesor—. Acaba de reparar la avería. Esta es la indicación de que está nuevamente en funcionamiento.

Johnny salió al exterior. Efectivamente, las luces de la gigantesca antena brillaban otra vez en la noche.

Allá arriba, en el negro firmamento, brillaban también las estrellas, parpadeando, como transmitiendo también sus mensajes secretos que alguien habría de descifrar algún día.

Se imaginó una nave tripulada por seres inteligentes cruzando aquel abismo infinito y oscuro y no pudo evitar un escalofrío.

Regresó al interior y gruñó:

—Las luces de la antena están encendidas de nuevo, profesor.

—Eso quiere decir que Craven ya debe estar de vuelta. Vamos a ponernos a trabajar con ese aparato emisor. Ustedes dos podrían instalarse en la casa entretanto y descansar, puesto que no pueden ayudarnos. Les llamaré si hay una nueva comunicación esta noche.

Nickie recogió las tazas y ella y Johnny salieron del taller dirigiéndose a la casa.

En la cocina, él dijo:

—Tomaré un poco más de café, linda, si tienes hecho.

—Seguro… Johnny, ¿qué piensas de todo esto?

—Que el mensaje es auténtico.

Ella se sobresaltó.

—¿Estás convencido?

—Sí. Ahora sí.

—Entonces, ésos seres van a llegar aquí…

—Sí. Oí todo el mensaje dos veces. Su lenguaje es forzado. No están familiarizados con nuestro idioma. Sin embargo, sus intenciones son muy claras. Disponen de una ciencia y una tecnología tan superiores a las nuestras que, en comparación, es como si aún estuviésemos en la Edad de Piedra. Y nos las ofrecen, Nickie.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué quieren ayudarnos?

—Lo ignoro. Pero si realmente han superado esas etapas en que nosotros nos debatimos, no me sorprende que crean que su vida elevada y perfecta debe ser disfrutada por los habitantes de otros mundos. No puedo olvidar que las guerras son producidas sólo por la ambición de unos pocos hombres poderosos. Esgrimen idílicos motivos patrióticos y toda esa hojarasca, pero en el fondo sólo existe la sed de poder, de más riquezas, de eliminar al más débil para ser a su vez más fuertes… Si las gentes de otros mundos desconocen este sistema, o lo han superado…

—Tengo miedo, Johnny.

El se echó a reír.

—Siempre tienes miedo por una cosa u otra. ¿Por qué es esta vez?

—Por la reacción de la masa cuando sepan que hay seres de otros mundos entre nosotros.

—Eso también me preocupa a mí. Si los destruyeran…

—Tal vez tomasen represalias. ¿Es eso lo que piensas?

El sacudió la cabeza.

—Tal vez, aunque si son como yo los imagino, no. Tan sólo se volverían por donde vinieron y nos dejarían sumidos en nuestra ignorada, nuestra brutalidad y nuestro atraso en comparación con ellos.

Nickie llenó las tazas de café y fue a sentarse junto a Brennan. El apuró la bebida y luego tomó las manos de la muchacha entre las

suyas, mirándola fijamente a los ojos.

—Tú y yo quizá pasemos a la historia, nena —sonrió—. ¿Te imaginas? Los primeros seres humanos que entraron en contacto, que recibieron a seres extraterrestres... Johnny Brennan y Nickie Wayne... Nos levantarán un monumento, seguro.

—Deja de bromear y bésame.

—Esta es una buena sugerencia, sí, señor.

La abrazó y estuvo besándola hasta que les faltó el aliento.

Después le preguntó suavemente:

—¿Ya no tienes miedo?

—Estando entre tus brazos, no.

—Entonces...

Ella se apartó vivamente.

—Pero no vayas a pasarte de rosca, amiguito —le espetó, levantándose—. Tienes unas manos muy largas.

—Está bien, ponte en lugar seguro mientras puedas...

Encendió un cigarrillo. En la lejanía oyó el motor del *Jeep* y se asomó a la ventana.

Las luces del vehículo brillaban en la oscuridad del llano, aún más lejos.

—Craven, que regresa —comentó—. El y el profesor van a pasar una noche muy movida.

Nickie estaba mirándole, sin atreverse a expresar lo que estaba pensando.

De pronto murmuró:

—Johnny...

—¿Sí, linda?

—¿Y si ya estuvieran aquí?

Brennan arrugó el ceño, sin comprender. Necesitó hacer una pirueta mental para caer en la cuenta de lo que ella quería insinuar.

—¿Te refieres a los extraterrestres?

—Sí…

—¿Por qué dices eso?

—Estoy pensando en esa cosa que mató a Chris Edwards…

El dio un respingo.

—¿Pretendes decir que quien sea que mató a Chris, es un extraterrestre? Vamos, linda…

—¿Y por qué no? Tú sabes bien que no existe ningún ser en la Tierra que posea una garra semejante, ni con la fuerza capaz de destruir un cuerpo humano de un zarpazo… ¿Por qué no puede ser alguien que haya venido de otro mundo?

El sacudió la cabeza.

—Quien sea que mató a Chris —dijo—, es alguien salvaje y brutal, con unos instintos sanguinarios y primitivos. ¿De dónde crees que un ser de estas características pudo sacar la inteligencia suficiente para viajar por el espacio, de un mundo a otro?

—No tengo respuesta a esta pregunta, desde luego.

El sacudió la cabeza, sonriendo.

—Olvídalo. Pero me has recordado que mi jefe debe haber hecho ya su parte del trabajo que le pedí que hiciera… ¿Dónde está el teléfono aquí, lo sabes?

—En el salón hay uno… Por aquí, ven.

El pulsó los números correspondientes al hotel y casi al instante una voz dijo:

—Hotel Palladium. Hable.

—Aquí Brennan. ¿Hay algún mensaje para mí?

—Dos llamadas de larga distancia, señor. Ambas de Nueva York. También estuvo aquí el señor Craven, buscándole, hace ya tiempo.

—Gracias.

Colgó, para volver a marcar el número de larga distancia y comunicar con su redacción de Nueva York.

La voz de David Garay sonó lejana, pero perfectamente audible.

—¡Ya era hora de que te decidieras a comunicar! —estalló cuando supo quien llamaba—. ¿Qué infiernos estás haciendo ahí, rascándote la barriga?

—Las narices, David.

—¿Qué?

—Deja de desgañitarte y dime qué hay de lo que te pedí que hicieras.

—¿Por cuál de los nombres quieres que empiece?

—Tanto da uno como otro.

—Bueno, allá va: Richard Craven. Se graduó en física a los veinticinco años. Ejerció en Inglaterra, trabajando en proyectos secretos del gobierno. A los treinta y cinco regreso a América. Empleado en los laboratorios de investigación de una firma privada. Cometió un gravísimo error y un hombre murió por su culpa. Fue una imprudencia absurda y le retiraron el título, expulsándole de la empresa y después de la asociación de físicos colegiados.

—Eso es muy interesante...

—Después de eso desapareció. Si ahora está trabajando con el profesor Rutherford, es lo primero que se sabe de él después de ese accidente.

—¿Qué clase de accidente fue, lo sabes?

—No con detalle. Al parecer preparó un experimento y convenció a un tipo para que sirviera de conejillo de indias o algo así. El tipo cobró una buena suma, pero no le sirvió de nada. Murió.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Nada más sobre Craven

—Entonces, empieza con ese loco licántropo o lo que fuera, Corner Fry.

—Fry... Sí, espera un minuto... hay un revoltijo de papeles sobre mi mesa que...

—Como de costumbre.

—Aquí está... Comer Fry... Treinta y cinco años, seis pies y dos pulgadas de estatura, ojos azules, cabello negro y escaso...

—¡Al grano, maldita sea!

—Sí, bueno. Su familia le sacó del manicomio hace algún tiempo. Seis meses o algo así.

—¿Curado?

—Los médicos no quieren comprometerse. Al parecer era un hombre totalmente pacífico después de los años que estuvo encerrado, pero en esta clase de demencia nunca sabe uno qué carta quedarse... El caso es que fueron a buscarle y se lo llevaron. Los médicos insisten en que poseen una declaración de la familia conforme obran bajo su absoluta responsabilidad. Ya conoces esta clase de declaraciones.

—Naturalmente. ¿Eso es todo?

—Es todo lo que había al respecto. Ahora dime qué condenada cosa estás haciendo tú.

—Preparar el reportaje más sensacional de la historia del mundo, viejo. Ya te llamaré.

—¡Condenación, espera y...!

Johnny colgó. Encendió otro cigarrillo, recostándose en la butaca.

La muchacha fue a sentarse sobre sus rodillas y le pasó los brazos por el cuello.

—¿Ocurre algo malo, Johnny?

—¿Dónde vive la familia de Corner Fry?

—¿Corner Fry...?

—¿No recuerdas quién era?

—Sí... un demente. Papá me habló de eso y yo misma le había conocido. Pero no tenía familia.

Johnny dio tal respingo que Nickie no aterrizó en el suelo de milagro.

—Aclaremos eso —gruñó el reportero—. Quizá no tenía familia aquí, en Farlington, pero podía tenerla en cualquier otra parte.

Ella sacudía la cabeza de un lado a otro.

—No, Johnny. Se demostró cuando fue detenido, examinado y juzgado… Nadie en absoluto.

El la besó distraídamente y sujetándola la levantó en vilo para incorporarse.

—He de ir al pueblo —dijo de pronto—. Ahora quizá las cosas empiecen a moverse.

—No pretenderás dejarme sola aquí.

—Puedes venir conmigo sí lo deseas, pero yo estaré de vuelta en cuanto haya hablado con el *sheriff* Clarke.

—Iré contigo —decidió Nickie—. Además, ese reportaje sí me corresponde a mí también. Recuerda nuestro trato.

—De acuerdo. Advertiré al profesor y nos marcharemos.

Rutherford estaba inclinado sobre unos croquis trazados con lápices de distintos colores y apenas si les prestó atención.

En cambio, Craven gruñó:

—Parece que ha disminuido su interés por escuchar los posibles mensajes que puedan llegar, Brennan…

—Mi interés sigue tan despierto como siempre, pero hay algo urgente que debo hacer en Farlington. Estaré de vuelta en una hora poco más o menos.

Muy bien. Aquí nos encontrará.

Craven se desentendió de ellos para inclinarse sobre el complicado trabajo.

Johnny condujo el coche hacia la carretera general. Los faros barrían las tinieblas al entrar en el bosque y hundirse bajo el túnel de verdor formado por los grandes árboles.

Nickie susurró:

—A pesar de todo, siento escalofríos al pasar por este sitio, Johnny.

—Tranquilízate. Estás conmigo, y con zarpa o sin ella esa cosa encajará tanto plomo si aparece, que no le quedarán ganas de gruñir

en absoluto.

—¿Estás armado, es eso lo que quieres decir?

—Seguro. Y con una pistola que puede hacer filigranas sobre la piel de cualquier fiera… ¡Eh! ¿Qué diablos…?

Hundió el freno de tal modo que el coche pareció hundir el morro en el camino al pararse tan súbitamente. No obstante, las ruedas aún patinaron un trecho sobre la hojarasca.

La muchacha exclamó, sujetándose como pudo:

—¿Qué pasa, Johnny?

—Hay algo en el camino… tendido en el suelo.

—¡No bajes!

El ya había abierto la portezuela y tenía su enorme automática en la mano. A la luz de los faros de cruce, el bulto destacaba, siniestro, a un lado, medio hundido entre los matorrales que bordeaban la rústica carretera.

Brennan se apeó de un salto y quedó quieto, agazapado, escuchando con todos los sentidos alerta. Casi deseaba escuchar el gruñido de lo que fuera que merodeaba esa parte del bosque. Hubiera tenido al fin algo contra lo que vaciar el cargador del arma…

Sólo que no pudo oír más que el susurro del viento entre el ramaje y la agitada respiración de Nickie, tras él, aún sentada en el asiento del coche.

—¿Qué es, Johnny? —balbuceó la muchacha.

—Parece un hombre. No te muevas por si hay que salir de estampida.

Se apartó del auto hacia el oscuro bulto. Vio las piernas y los pies del hombre, calzados con zapatos ligeros. Las ropas estaban desgarradas y cuando estuvo más cerca vio que el cuerpo no estaba en mejores condiciones que las ropas. Horribles desgarraduras hendían sus carnes convirtiéndolo en un informe amasijo.

Conteniendo las náuseas, Johnny encendió el mechero e inclinándose trató de ver lo que quedaba del rostro.

Primero, sus ojos miraron como hipnotizados la espantosa herida del cuello, destrozado como el de Chris Edwards.

Luego le vio los restos de su cara y se quedó helado, con una profunda angustia impidiéndole casi respirar.

Retrocedió poco a poco, tambaleándose a su pesar. Apoyado contra la carrocería del coche encendió un cigarrillo para calmar su revuelto estómago.

Tras él, Nickie balbuceó:

—¿Está…?

—Igual que Chris.

—¡Dios del cielo! Debemos irnos de aquí volando, Johnny. Esa fiera puede volver.

—Espera…

—¿Por qué?

—Lo siento, pequeña mía… Ese cadáver es el de tu padre.

Ella dio tal grito que más pareció el aullido de una bestia herida de muerte.

Luego, piadosamente, se desmayó. Todo eso salió ganando.

CAPITULO X

Peter Clarke parecía haberse vuelto loco. Era incapaz de contener la catarata de maldiciones y juramentos que la visión del horrible despojo le había provocado.

Johnny encendió un cigarrillo y esperó. Un poco más lejos, una ambulancia esperaba, con los enfermeros apartados cautelosamente, mirando en torno con ojos atemorizados.

Tuvo tiempo de fumarse todo el cigarrillo antes de que Clarke recobrase la calma.

—Voy a pegarle fuego al bosque, Brennan —barbotó—. Le pegaré fuego y reuniré a todos los hombres con armas para rodearlo. Cazaremos a esa bestia así se oculte en el centro de la tierra.

—Examínelo otra vez.

—Ya vi lo suficiente.

—Yo creo que no —insistió Johnny, sombrío.

—¡Maldita sea! Mirarlo me revuelve el estómago. Vomitaré en su regazo, Brennan, si he de verlo otra vez.

—No hay sangre, Clarke.

—¿Cómo, qué...?

—No hay sangre junto al cuerpo, ni la hojarasca está revuelta como estaría si el pobre Wayne hubiera luchado con su agresor.

—¡Que me ahorquen!

—No desespere... Échele otro vistazo y compruébelo.

El *sheriff* lo hizo a regañadientes, alumbrando el suelo en torno al cadáver con una poderosa linterna eléctrica.

Cuando retrocedió, además de salvajemente furioso, estaba también perplejo.

—Es cierto —gruñó—. No fue muerto aquí, en el camino.

—Tal vez fue atacado entre los árboles, aunque maldito si puedo

imaginar una sola razón para que se metiera entre ellos, de noche y sabiendo lo sucedido a Chris y a su propia hija.

—Tal vez vio algo que le llamó la atención y se internó entre la arboleda. Habrá que rastrearla palmo a palmo por la mañana.

—Claro…

—Ahora veamos si también tiene una explicación para la presencia de Wayne aquí, a estas horas.

—No se me ocurre nada sobre eso.

—Usted salió con la hija de Wayne…

—Sí. Cenamos juntos y después vinimos también juntos a ver al profesor Rutherford.

—Entonces, quizá él quisiera asegurarse de que usted no se pasaba de rosca con la chica… Wayne adoraba a Nickie.

Johnny sacudió la cabeza.

—Nada de eso. Dejó una nota escrita indicándole a su hija que me avisara. Por lo visto, el profesor había estado buscándome. Y cuando nosotros llegamos a su casa él ya se había marchado.

—¡Condenación! Voy a traspasar este asunto a la policía del Estado. Se lo voy a poner en su regazo como un regalo de Navidad.

—Diga a esos tipos que se lo lleven, Clarke. Nada podemos hacer ya aquí.

—Sí, claro…

Dio instrucciones a los enfermeros. El fotógrafo que había tomado placas del lugar y el cadáver refunfuñó:

—Y yo, Peter, ¿puedo largarme?

—Sí, hombre… diviértete revelando esas fotos.

Johnny estaba fumando otro cigarrillo cuando Clarke se volvió hacia él.

—Pobre Nickie —murmuró, apesadumbrado—. Le costará asimilar semejante golpe.

Johnny asintió.

—La dejé en manos del doctor y unas vecinas. Ha sido una mala suerte endiablada que ella estuviera conmigo al descubrir el cuerpo.

—Afortunadamente es muy joven. Reaccionará pronto.

—Oiga, Clarke...

—¿Qué?

—Sobre el caso de Comer Fry...

—¡Cuernos con lo que sale ahora! Le dije que estaba bien guardado bajo siete llaves, en el manicomio del estado.

—Ya no.

Clarke dio un brinco.

—¿Cómo que no?

—Sus familiares fueron a sacarlo, hace seis meses.

—Usted está mal de la azotea, amigo. Fry no tenía familia. Debe confundirse de individuo.

—Corner Fry, de Farlington. Mi jefe no comete errores de esta clase. Fry ya no está en el manicomio,

—¡Pero si no tenía familia en ninguna parte! Lo investigué personalmente y a fondo cuando le detuve.

—¿Está absolutamente seguro?

—Lo juraría ante un montón de Biblias.

—¿No podía tener algún pariente fuera de aquí, de esta región, tal vez en otro Estado?

—Le repito que no.

Johnny exhaló el humo con fuerza.

—Entonces le salieron parientes espontáneos. ¿Quién ocupa la casa de Fry ahora?

—Fue subastada a raíz de su encierro y con lo que se obtuvo pudo abonarse una pequeña compensación a la mujer que estuvo a punto de ser asesinada a dentelladas por Corner Fry durante su ataque...

—Le he preguntado quién la ocupa ahora.

—Los Cameron. Poseen una tienda de muebles en Farlington.

—Vamos a verles —dijo Brennan.

—¿Para qué?

—Maldito si lo sé. Pero quiero hacerme una composición de lugar.

Subió al coche y puso el motor en marcha.

Clarke dio la vuelta al auto y se instaló a su lado.

—Es usted muy terco, Brennan, pero con menos sesos que un mosquito. Esa familia serían los últimos que sacarían a Fry del sanatorio.

—No he pensado ni por un instante que fueran ellos quienes le liberaron,

—Entonces, ¿qué diablos quiere comprobar yendo a verles?

—Si Fry sigue realmente loco y está en estas inmediaciones.

—¿Y espera que los Cameron le aclaren esos enigmas? Amigo, cuanto más le trato más convencido estoy de que quien necesita una cura en un sanatorio es usted.

—Veremos.

La casa que ahora pertenecía a los Cameron era sólida y no cabía duda de que sus propietarios la cuidaban con esmero. Incluso el pequeño jardín que la rodeaba estaba magníficamente cuidado. Bajo el brillo de las estrellas, el césped semejaba una espesa alfombra que abrigara la tierra en torno a la edificación.

—Se pondrán buenos cuando les saquemos de la cama a estas horas —rezongó el *sheriff* pulsando el botón del timbre.

Una luz se encendió en el piso superior. Luego, un hombre se asomó, alarmado.

—¿Qué pasa, quiénes son ustedes?

—El *sheriff* Clarke, Cameron. Por favor, no se alarme, pero es preciso que les haga un par de preguntas.

—Ha elegido usted una hora condenadamente impertinente...

El hombre desapareció, y un minuto después estaba en la puerta, mirándoles perplejo.

Entraron al vestíbulo. Una mujer con la cabeza llena de bigudíes descendía las escaleras.

—Bueno, ¿de qué se trata? —se impacientó Cameron.

Brennan dijo:

—No deseamos molestarles más de lo necesario, pero es importante. ¿Recuerdan si alguien ha merodeado su casa estos últimos tiempos, o ha tratado de introducirse en ella, mediante excusas o de cualquier otro modo?

El hombre sacudió la cabeza.

—Nadie —gruñó.

—¿Conocían ustedes a Fry, el anterior propietario de la casa?

—No... Estamos establecidos en Farlington desde el mismo año que fue encerrado. Antes vivíamos en Reno, pero allí la competencia era terrible y...

—Comprendo —le atajó Brennan—. Eso es todo, señor Cameron. Sólo queríamos saber lo que le he preguntado.

—Nadie ha pretendido entrar aquí de ningún modo, excepto personas conocidas. El fontanero, el jardinero que cuida el césped... Ya sabe, personas así.

—Está bien; disculpe que les hayamos molestado.

De pronto, la mujer dijo desde el último peldaño:

—Esperen un momento... Sucedió algo, hace tres o cuatro meses...

Clark se volvió en redondo. Johnny la miró, esperanzado.

—¿Sí, señora?

—Un hombre en el jardín —explicó—. Salí y lo vi plantado en mitad del césped, mirándolo todo como si estuviera muy asombrado.

—¿Cómo era, lo recuerda?

—Pues no... Alto, casi tanto como usted. Pero no me fijé mucho en él. Cuando me vio se apresuró a marcharse. Nunca más volvió.

Cameron gruñó:

—Nunca me hablaste de eso.

—No creí que tuviera ninguna importancia. Le tomé por un vagabundo.

Se despidieron apresuradamente y regresaron a su coche.

Clarke refunfuñó:

—¿Cree usted que se trataba de Fry?

—Casi lo juraría. Quiso volver a ver su casa. ¿Siempre vivió aquí?

—Sí… Sus padres murieron en un accidente,

—Entonces, Farlington, y especialmente esta casa, conservan todas las vivencias de su pasado. Es lógico que en un momento de lucidez quisiera volver a verla…

El *sheriff* rechinó los dientes. Sentía que los acontecimientos le desbordaban y esa sensación resultaba harto desagradable.

Johnny condujo hasta la oficina de Clarke y detuvo el auto allí.

—Voy a volver a casa del profesor —dijo—. Estaré allí si me necesita.

—¿Va usted a escribir sobre él?

—Sí, ya envié mi primer trabajo al respecto.

Esbozó un gesto de despedida y se alejó. Su próxima parada fue en casa de Nickie.

Había dos mujeres en la planta baja. Johnny señaló al piso superior.

—¿Cómo está?

—Descansa ahora. El doctor le aplicó un sedante y al fin se quedó dormida.

—Me alegro. Si sucediera algo, o ella quisiera verme, llámenme a casa del profesor Rutherford, estaré allí. Mi nombre es John Brennan,

Las mujeres prometieron hacerlo así y él volvió a salir.

En el horizonte despuntaba el alba y en todo el pueblo flotaba un silencio absoluto.

En alguna parte más allá de las casas, la muerte se agazapaba, presta a descargar sus zarpazos.

CAPITULO XI

En los tres días siguientes la actividad en el taller del profesor fue algo frenético.

Se recibía con regularidad la voz extraña del espacio. Sus instrucciones para los circuitos que debían permitirles comunicarse con la nave estaban a punto de dar su fruto.

Brennan ya no tenía dudas respecto a lo genuino de los mensajes. Una nave espacial, procedente de un mundo remoto y desconocido, viajaba a velocidad increíble hacia la Tierra.

Sólo que no era solamente este asunto el que le preocupaba. Había rastreado todo el bosque acompañando a Clarke y un par de voluntarios armados sin haber descubierto el menor rastro del ser salvaje y poderoso que mataba de aquel modo increíblemente cruel a sus víctimas.

A medida que se aproximaba el instante en que el viajero del espacio estaría sobre la Tierra, el nerviosismo del profesor iba en aumento. A Rutherford no le turbaban los crímenes del monstruo ni otra cosa que no fuera lo que se avecinaba.

Craven, en cambio, aparecía más ceñudo a medida que se aproximaba el gran momento. Trabajaba con notable eficiencia y realizaba frecuentes escapadas a Reno para adquirir algunos materiales que les faltaban, pero regresaba sin perder un segundo y volvía a enfrascarse en los complicados esquemas del profesor, trazados según las instrucciones del ser fantástico cuya voz llegaba, nítida, cabalgando la onda portadora de una frecuencia desconocida hasta entonces y que sólo podía captar la gigantesca antena parabólica direccional construida y perfeccionada por Rutherford.

Al cuarto día, Johnny acababa de colgar el teléfono después de mantener una corta conversación con Nickie, cuando Craven apareció.

—Apresúrese... El tipo está hablando otra vez.

Johnny caminó a su lado rumbo al taller. De pronto dijo:

—A usted no le gusta todo esto, ¿verdad, Craven?

—Me excita, naturalmente.

—Hay algo más que le hace mirar este acontecimiento con profundo disgusto. Puedo notarlo hasta en sus gestos.

—Tonterías. He colaborado con el profesor con todo mi saber,

—Eso he podido verlo personalmente.

—Entonces, ¿de dónde saca sus absurdas ideas?

Abrió el portalón y entró, precediendo a Brennan,

El científico estaba accionando el recién construido transmisor. No tenía forma alguna, sino que semejaba un revoltijo absurdo de cables que envolvían materialmente lo que formaban las entrañas, cuya construcción sería después el asombro de la electrónica mundial.

—Estoy intentando entrar en contacto. Si esto funciona, ese hombre, o lo que sea, deberá captar mi señal.

—¿Duda de que sea un hombre, con esa extraordinaria inteligencia que posee?

—Me refiero a su forma. No sabemos cómo es.

—Imagino que no diferirá mucho de nosotros. Todos los mundos habitados deben ser de condiciones semejantes, de modo que la vida en ellos se desarrollará bajo unos cánones parecidos.

—Ojalá sea así... ¡Vamos! ¿Por qué no contesta?

Rutherford seguía accionando el pulsador que emitía la señal de transmisión al espacio. Estaba macilento y cansado, pero sus ojos relampagueaban con indomable energía.

Craven gruñó:

—Espere a que comunique él. Entonces dígale que ya tenemos el transmisor a punto y todo será más fácil.

—Creo que tienes razón... ¡Dios, qué cansado estoy!

Johnny dijo:

—Miren, usted y Craven llevan tres días sin apenas pegar ojo. Acuéstense en esos divanes y yo vigilaré los aparatos...

—No creo que pueda dormirme. Estoy demasiado nervioso —rezongó el profesor.

Craven dijo:

—Yo sí dormiré. Vigile esa luz, Brennan —dijo señalando el bulbo rojo de la alarma—. Si por cualquier avería se encendiera, llámeme de inmediato. Y si ese fenómeno del espacio decide comunicar, avísenos igualmente... y envíele sus saludos a través de ese micro.

Sin más palabra, se dirigió al rincón donde había dos amplios y desvencijados divanes y se tendió en uno, cerrando los ojos.

El profesor murmuró:

—No demore en llamarnos, Brennan, si ocurre algo.

Johnny se quedó solo junto a los aparatos.

En el diván, y a pesar de su evidente nerviosismo, el profesor quedó profundamente dormido a los pocos minutos.

Johnny se retrepó en la silla y encendió un cigarrillo disponiéndose a esperar. Entretanto, su mente era un caos, un revoltijo de ideas donde se mezclaban, las de esta aventura científica que estaba viviendo, con las otras, más espeluznantes, de los salvajes crímenes de un ser desconocido.

¿O se trataba de un demente?

¿Fry tal vez?

Un hombre lobo, un licántropo de imprevisibles reacciones.

Pensaba furiosamente, tratando de establecer un método de reflexión como hiciera en otras ocasiones a lo largo de su vida profesional, un método que siempre le diera buenos resultados.

Empezaba a dárselos en esta ocasión cuando el zumbido de la onda portadora surgió del receptor extraordinariamente claro.

Dio un respingo y miró a los dos hombres dormidos. Podía dejarles dormir un poco más.

Así que esperó.

Luego, nítida, oyó la voz del hombre de las estrellas.

—Atención... atención...

Instintivamente, replicó acercándose al pequeño micro:

—Le oigo. ¿Me oye usted a mí?

—Perfectamente. ¿Quién eres?

—¿Y tú?

—Korian de Alba Dos. Has seguido mis instrucciones.

No era una pregunta, era una afirmación basada en el hecho incontrovertible de que estaba recibiendo la voz de Brennan.

Luego añadió:

—No cierres esta comunicación. No puedo hablar mucho tiempo seguido… necesito toda la energía para mi nave. Pero la onda de tu emisor servirá de guía para mí en esta última etapa.

—Comprendido. ¿Cómo puedes saber nuestro idioma?

—Hace muchos años que nuestras naves robot exploran distintos mundos del espacio, entre ellos la Tierra. Tenemos muestras de vegetales, insectos, tierra, voces, idiomas…

—¿Con qué fin?

—Traeremos toda nuestra ciencia.

—¿Por qué?

—Haces unas preguntas muy poco inteligentes. Los mundos deben vivir en paz, una vida extensa, pacífica y con plenitud. Alba Dos superó hace muchos… ¿cómo se dice? Siglos… esa es vuestra medida, sí; siglos que superó las rencillas, las guerras, la muerte. Todas las energías de los pueblos se encaminaron a perfeccionar la vida y lo conseguimos.

—Comprendo.

Por el rabillo del ojo, Johnny vio a Craven y el profesor a su lado.

Levantándose, cedió el sitio a Rutherford. No obstante aún preguntó:

—¿Cuándo estarás con nosotros?

—Vuestras medidas de tiempo se me resisten… he de efectuar un cálculo…

El profesor se retorcía las manos de excitación.

Craven susurró:

—Es como un milagro… El mundo debería levantarnos un monumento por haber conseguido eso.

—Un día —dijo la voz—, según vuestra medida de tiempo.

Se miraron, asombrados.

—¿En un día habrás llegado? —balbuceó el profesor.

—Mis indicaciones así lo señalan… No cierre el circuito, me sirve de guía para mi llegada…

Impaciente, Rutherford preguntó:

—¿Transmitías mensajes desde Júpiter?

—¿Júpiter? No comprendo…

—Un planeta inmenso, mil trescientas veces más grande que la Tierra… ¿Transmitías desde él?

—¡Oh, no! Ese enorme mundo es inhabitable… Establecí una base de recuperación en uno de sus satélites. ¿Se dice así, satélites?

—¡Sí, sí!

—Ahora debo interrumpir mi transmisión. Ya no volveré a comunicar hasta poco antes de mi llegada para efectuar las últimas correcciones.

La voz se esfumó y los tres hombres permanecieron en silencio sobrecogidos por el asombroso acontecimiento.

—El mundo va a llevarse una sorpresa. No son invasores, ni agresivos… Nos dan cien vueltas a nosotros en todos los aspectos —refunfuñó Brennan—. Ese individuo, Korian, va a tener no pocos desengaños… Los hombres serán capaces de colgarle con tal de comercializar los adelantos que tan gentilmente quiere ofrecernos. Estoy viendo los grandes *trusts* industriales aprestándose a explotar esa ciencia, aplastando todo lo que se oponga a sus propósitos que les cubrirán de millones, de poder…

Rutherford exclamó:

—¡No se lo permitiremos!

—No he visto nunca que una hormiga pueda detener un elefante.

—Ese hombre trae la felicidad a la Tierra. Nuevos sistemas de vida... El mismo lo dijo; vivir con plenitud. ¿No es maravilloso? —se entusiasmó Rutherford.

No obtuvo respuesta. Craven había vuelto al diván, aunque no dormía.

Johnny fumaba un cigarrillo, nuevamente inmerso en sus inquietantes pensamientos.

—Desde Júpiter apenas en cinco días... ¿Se imagina la maravilla en que debe viajar, Brennan?

—¿Qué? Oh, por supuesto... una velocidad inimaginable para nosotros.

—Por lo que yo entiendo, ese hombre viaja solo en la nave. Imagino que se trata de una especie de explorador. Un embajador destinado a tantearnos, digo yo. Después podrán llegar naves más grandes, con científicos, tripulaciones numerosas...

—No se entusiasme aún, profesor. Todas las buenas intenciones de esa gente pueden estrellarse contra la desmedida codicia de los humanos, la ambición sin freno de los poderosos de este desgraciado planeta.

—Es usted un derrotista —rió el científico, lleno de excitada alegría.

Johnny no replicó.

Poco después, Rutherford murmuró:

—No habrá nadie en la Tierra más famoso y respetado que yo. ¿Imagina eso, Brennan? Todos mis colegas, que años atrás se burlaron de mí, mordiéndose los puños. Me reiré de todos ellos...

—Esa actitud tampoco está en consonancia con lo que ese individuo del espacio quiere ofrecernos.

—Tonterías. Yo sé lo que me digo. No habrá una Cámara de Ciencia en todo el mundo que no quiera recibirme y escuchar mis conferencia después de este triunfo...

Brennan se levantó.

—Espero que tenga usted razón. Me voy a Farlington. Descansaré un poco y regresaré a tiempo para recibir a nuestro

embajador de las estrellas. Traeré a Nickie conmigo si no le importa. Merece compartir esa experiencia.

—De acuerdo, Brennan. Pero nadie más. No podemos correr el riesgo de desatar una histeria colectiva.

Johnny abandonó el enorme pabellón, tomó el coche y partió.

A pesar de todo, no podía evitar una profunda inquietud.

Era como un mal presentimiento, inquietante y siniestro...

CAPITULO XII

Era la noche decisiva. Brennan detuvo el coche frente al portalón del taller y se apeó. Nickie saltó al suelo y miró hacia lo alto, a las titilantes estrellas, al negro abismo sin fin del espacio, y susurró:

—No puedo imaginar a un hombre perdido en esa inmensidad, Johnny

—No está perdido. Sigue una ruta perfectamente delimitada. Vamos.

Junto a los aparatos vieron a Craven, sentado, fumando y esperando. Ladeó la cabeza y gruñó:

—Ha comunicado hace apenas quince minutos... No comprendo en qué clase de maravilla viaja... En dos horas estará aquí, guiado por nuestra onda de radio.

—¿Dónde está el profesor?

—Se fue a revisar personalmente la antena. Estaba más nervioso que un gato y quiso asegurarse de que no se estropearía justamente cuando más la necesitamos. Siéntense por ahí. Ya queda poco.

Fueron a recostarse en uno de los viejos divanes. Nickie enlazó sus dedos con los de Brennan y susurró:

—A pesar de estar aquí, aún no puedo creerlo.

—Pues te falta muy poco para que te convenzas.

—¿Pretendes sacar fotografías? —murmuró, señalando la diminuta cámara que colgaba del cuello de Brennan.

—Claro. ¿Olvidas que soy ante todo un reportero?

Ella se acurrucó junto a él. Estaba más delgada y macilenta y grandes círculos oscuros rodeaban sus ojos llenos de amargura. El reciente drama que había vivido no podía menos que marcarla profundamente.

El tiempo transcurrió lento, exasperante a medida que avanzaba

Johnny gruñó de pronto:

—¿No cree que el profesor tarda demasiado, Craven?

—Sí. Y no comprendo qué le retiene allá arriba.

—¿Cuánto tiempo iba a ocuparle más o menos la revisión de la antena?

—Bueno, circuitos incluidos, a mí me lleva una hora aproximadamente.

—¿Y cuándo se fue él?

—Hace más de dos horas.

—Tal vez le ha sucedido algo, ¿no cree?

—Conoce bien el camino...

—¿Se llevó el *jeep*?

—Sí.

Brennan se levantó incapaz de contenerse.

—¿Hasta dónde se puede llegar en coche por ese lado de la colina?

—¿Pretende subir usted?

—No me gusta la ausencia de Rutherford... Debe estar tan impaciente o más que nosotros, de modo que se habría dado prisa en volver para estar al pie de los aparatos cuando llegue el último instante.

—Bien, puede ir si quiere. El camino no es demasiado malo hasta una milla de la cima. Habrá de recorrer este último trecho a pie.

—De acuerdo. ¿Quieres quedarte aquí, Nickie?

—Prefiero ir contigo.

Craven se volvió, tan ceñudo como de costumbre.

—No toquen la antena para nada una vez arriba. Ni traten de entrar en la pequeña casamata donde están los controles. Hay una tremenda tensión eléctrica allí, capaz de pulverizar a un hombre en un segundo.

—No tengo ningún interés en recibir una descarga de alta tensión, Craven, descuide.

Salieron fuera y poco después el coche saltaba por el desigual camino hacia la iluminada antena de la cima de la colina.

Cuando les fue imposible continuar a bordo del auto, dejaron éste a un lado y prosiguieron a píe.

Ahora que estaban bajo ella, con todas las luces recortándola contra la negrura del cielo, las imponentes dimensiones de la antena les sobrecogieron.

Johnny gritó:

—¡Profesor! ¿Está usted ahí?

No obtuvo respuesta.

—¡Profesor Rutherford! ¿Me oye?

Nickie musitó:

—Debe haber regresado...

—Nos habríamos cruzado con él por el camino.

La tomó de la mano, bordeando la colosal plataforma de hormigón.

De repente se quedó rígido. El *jeep* estaba parado al final del estrecho y maltratado sendero, a corta distancia de la base de la antena.

—¡Fíjate, aún debe estar aquí! —exclamó Brennan.

Nickie gritó:

—¡Profesor! ¿Me oye? ¡Soy Nickie Wayne...!

—Es inútil. Quizá ha sufrido un desvanecimiento. Ha sufrido una tensión sobrehumana estos últimos días. Tratemos de encontrarlo, pero no te separes de mí.

Caminaron con precaución hasta las proximidades del pequeño pabellón semiempotrado en la roca.

Allí se detuvieron perplejos. La puerta estaba abierta de par en par y el interior oscuro como la tinta.

Asomando la cabeza, Brennan gruñó:

—¿Profesor?

No hubo respuesta. Tanteó la pared, junto a la puerta, hasta que la luz se encendió allí dentro.

Nickie emitió un alarido que vibró en el aire quieto de la noche, como si rebotara aquí y allá hasta perderse.

El profesor Rutherford yacía en medio de un espantoso charco de sangre. Una garra terrible le había desgarrado la espalda y tenía la garganta destrozada.

Nickie seguía gritando, con la cara cubierta por las manos.

Johnny retrocedió, apartándola de aquel espectáculo de pesadilla.

—Cálmate, por favor.

—¡Igual que papá...! —Estalló en sollozos histéricos, balanceándose sobre las piernas, perdido el control.

Brennan trató de encontrar palabras con que calmarla pero fracasó.

Entonces, en alguna parte imposible de localizar, sonó un bronco gruñido, un sonido salvaje y asesino que retumbó en ecos haciendo aún más difícil su localización.

Brennan sacó la pistola. Nickie emitió un grito de espanto.

—¡Condenación, cálmate! —gritó él mostrándole la pistola que empuñaba—. Estoy a tu lado, ¿no es cierto?

Entonces, un sexto sentido le hizo levantar la cabeza.

En la negrura del cielo destacaba como una llama azul que se aproximaba a velocidad de vértigo.

—¡Mira, Nickie! —jadeó.

—¡La nave!

El resplandor azulado reverberó, apagándose poco a poco, mucho más cerca, hasta quedar sólo un pálido brillo que fue volviéndose blanco a medida que descendía.

La muchacha jadeó:

—¡Viene hacia aquí...!

—La antena debe guiarle... ¿Ves algo más que ese resplandor?

—Nada... Es circular, Johnny...

El dejó de prestar atención al fenómeno del espacio para mirar alrededor con la pistola amartillada.

No vio moverse cosa alguna ni oyó nada en absoluto.

Cuando volvió a levantar la mirada, el círculo de luz estaba tan próximo que casi podían sentir su gravitación.

Se detuvo, flotando en el aire. No hacía ningún ruido. Era como si se sostuviera gracias al resplandor.

De pronto, éste empezó a diluirse también en la oscuridad. Pudieron ver la negra masa circular que llevaba aquella luz. Una masa que descendió suavemente, segura, lenta, a menos de cien metros de la antena.

Al fin se detuvo otra vez, a unos dos metros del suelo sin que debajo hubiera ni ruedas ni sostén alguno. Johnny le calculó un diámetro de unos veinticinco metros a lo sumo.

Allá abajo, los faros de un coche que subía a toda velocidad les indicó que Craven también había visto el fenómeno y acudía a la increíble cita.

Repentinamente, una escotilla se deslizó, mostrando el interior de la asombrosa nave. Había una luz pálida y azulada allí dentro, y fue contra esa luz que se recortó la silueta de un hombre.

Nickie se mordió los labios, apretándose contra Johnny sacudida por un temblor convulso.

Brennan murmuró:

—No se diferencia mucho de nosotros, creo.

El hombre salió, caminando sobre la superficie de su nave hasta el borde del círculo. Allí dio un paso y descendió hasta el suelo.

No saltó. Sólo flotó y acabó posando los pies en el suelo.

Mediría unos dos metros, era delgado y todo el cuerpo lo llevaba enfundado en una especie de traje que se ceñía a su piel. Un ancho cinto rodeaba su cintura y sobre el lado izquierdo, sujeto al cinto, había algo como un estuche metálico.

Pero donde las miradas de los dos se clavaron con terrible fijeza fue en la cara, que las luces de la antena mostraban con claridad.

La poderosa cabeza del ser de otros mundos carecía de cabello.

Tenía una ancha frente y unos ojos semejantes a dos simples rendijas, tan oscuras que semejaban dos simas sin fondo.

La nariz era delgada, semejante a la de los terrícolas. En lugar de la boca había también algo semejante a un tajo oscuro. Por lo demás, era igual a los habitantes de la Tierra.

Cuando consiguió tragar saliva, Johnny balbuceó:

—No sé… como darte la bienvenida.

—No tengáis miedo de mí…

—No lo tenemos. Sólo estamos impresionados. Quisiera decirte tantas cosas de una vez que no puedo expresar nada coherente…

El resplandor de las luces del coche relampagueó más allá de la plataforma. Se pararon, apagándose. Instantes después Craven estaba al lado de Johnny mirando con inenarrable estupor al recién llegado de lejanos mundos.

—¿Quién se comunicaba conmigo?

—Yo —dijo Craven—. Con otro científico que debería estar aquí…

—Seréis científicos cuando yo envíe la orden de partida para las grandes naves que traerán nuestra tecnología. Este será el segundo mundo al que ofrecemos una vida nueva, semejante a la nuestra en Alba Dos. El otro…

Nunca terminó. Una masa oscura saltó a sus espaldas y el impacto derribó al viajero de las estrellas. Un sordo gruñido y Craven que gritaba, y Johnny que apartaba a Nickie de un empujón para empuñar el revólver…

Vio cómo aquel ser maravilloso trataba de debatirse sin éxito. Le vio llevarse la mano al cinto, a la pequeña caja metálica…

Un cegador chispazo envolvió la nave, algo semejante a una explosión sorda y destructora. El resplandor desapareció y con él la nave del espacio. Desapareció tan completa y absolutamente como si jamás hubiera estado allí.

Johnny se desentendió de ella para correr junto al revoltijo que estaba en el suelo debatiéndose.

Lanzó un rugido de ira al ver la garganta destrozada de aquel ser fantástico. Impulsado por la ira levantó la pistola y disparó una y otra vez contra la rugiente masa que se abatía sobre el cuerpo ya inerte del tripulante de una nave que ya no existía.

El bulto fue empujado por los proyectiles y retrocedió dando tumbos. Brennan estaba igual que enloquecido y su dedo presionaba el disparador de modo incesante. Hasta que de pronto la pistola ya no disparó y él se quedó rígido, viendo el cuerpo inerte más allá del resplandor de la antena.

Craven maldijo en todos los tonos. Nickie seguía chillando.

Como un autómata, Brennan se inclinó sobre el cuerpo del extraño del espacio. Ante sus ojos, estaba sufriendo una terrible metamorfosis. Como si se descompusiera velozmente, su rostro empequeñeció mientras las extrañas mallas que cubrían su cuerpo se aflojaban, igual que si se quedaran vacías...

Se echó atrás, horrorizado.

Y de pronto no hubo nada en el suelo. Ni hombre ni mallas, ni nada.

Se volvió. Craven se había acercado al otro bulto que él había acribillado. Nickie, mirándole, sollozó:

—¡Johnny... le ha matado... ha destruido la esperanza de la humanidad...!

—Sí... todo se ha perdido.

Rechinando los dientes fue junto a Craven.

—Es Corner Fry, ¿no es cierto? —gruñó.

Craven asintió con un gesto.

—¡Apártese!

Cuando Craven se hizo a un lado, Brennan vio el rostro contraído por una mueca espantosa del demente. La sangre le ensuciaba la cara y tenía los labios retraídos como un animal feroz.

En su mano derecha llevaba sujeta una zarpa de metal de siete afiladas puntas.

Craven retrocedió a trompicones.

El loco había sido un hombre extraordinariamente corpulento. Eso explicaba el poder destructivo de aquella garra increíble.

Johnny le dio la espalda.

Nickie susurró:

—Iba a darnos la paz, una nueva manera de vivir más sincera, más pacífica y completa. Nos ofrecía su ciencia, su técnica para adelantar en siglos nuestro proceso de perfeccionamiento… y está muerto, Johnny.

—Eso no podemos saberlo. Ignoramos qué clase de naturaleza era la suya. Lo que sí es seguro es que la humanidad ha perdido la mejor oportunidad de toda la historia… por culpa de un sucio engendro, lleno de rencor.

—Sus compañeros sabrán de algún modo que ha sido destruido. Renunciarán a establecer más contactos con la Tierra…

Johnny había introducido un nuevo cargador en la pistola. Justo cuando sonó el chasquido metálico del arma dijo rechinando los dientes:

—Alguien va a pagar por todo esto. Por los crímenes, por la posibilidad perdida… Por todo.

—Ya lo pagó, aunque eso no resuelva nada. Era un pobre loco.

—Yo no me refiero a Fry, sino a Craven… ¡No se mueva o le convierto en una criba! —rugió.

El aludido gruñó:

—¿Se ha vuelto loco usted también?

—Me volveré loco si he de disparar. Usted sacó a Corner Fry del manicomio, fingiéndose pariente suyo. Necesitaba alguien cuya mente débil pudiera controlar para que le sirviera de instrumento para su venganza.

—Maldito si sé de qué está hablando…

—Lo comprendí cuando supe que había sido expulsado del Colegio de Físicos, desposeído de su título, repudiado por todos sus colegas y arrojado fuera de su profesión a puntapiés. También me hizo pensar el antagonismo que existía entre usted y el profesor… ¿Por qué, Craven? ¿Era suyo el invento de ese fantástico receptor?

—No sabe nada de lo que está…

—Sí lo sé. Usted ya no era nadie. Si pretendía desarrollar su descubrimiento, se le echarían encima y de nuevo se vería perseguido por el deshonor que su desaparición había aplacado. Se empleó con Rutherford y soportó su mal carácter porque él era el único que podía desarrollar su descubrimiento…

Repentinamente, Craven se irguió.

—¡Sí, maldito sea usted! Rutherford se apropió mi trabajo, sabedor de que yo no podía reclamar en ninguna parte… iba a quedarse con la gloria, la fortuna, los honores… Esta noche me dijo que yo tendría un veinticinco por ciento de los beneficios que se obtuvieran… ¡Un veinticinco por ciento!

—Pero usted ya planeaba matarlo hace mucho tiempo… Seis meses atrás fue en busca de Fry. Era su instrumento, su máquina de matar. El acabaría con el profesor dejándole a usted al margen.

—¡Me había robado!

—¿Qué pasó, Craven? ¿Fry se desmandó, o usted le mandó matar para que, cuando le llegara la hora al profesor, nadie sospechara que todo se había hecho para matarle a él tan sólo?

Craven le miraba con sus ojos asesinos.

—Su amiga, la Edwards, subió a examinar la antena. Fry estaba encerrado en la casamata y sufría uno de sus ataques. Ella le oyó, pero pensó que era un cómplice nuestro, encargado de transmitir las señales que allá abajo recibía el aparato. Pensó en un fraude y quiso investigarlo aquella noche… No podía dejarla con vida… Lo hubiera echado todo a perder…

Nickie chilló:

—¿Y mi padre, maldito, por qué mató a mi padre?

—Casi por lo mismo, aunque él se resistió. Fue durante la lucha que estropearon la antena. Cuando yo vine a repararla, Fry yacía en la casamata, exhausto, inconsciente como siempre después de uno de sus locos arrebatos. Arreglé la antena, llevé el cadáver al camino…

Se interrumpió.

Johnny dijo:

—Eche a andar hacia el coche, pero no apresure el paso o le mato, Craven. Lo que usted ha destruido es algo tan inmenso que la humanidad entera habrá de pedirle cuentas.

Craven giró sobre los talones y empezó a andar hacia el coche. Era al auto del profesor. Abrió la portezuela y Johnny gritó:

—¡Quieto ahí, maldito!

Se revolvió como una fiera, y en sus manos sostenía una escopeta.

Brennan dio un tremendo empellón a la muchacha y disparó.

Nunca imaginó que pudiera existir tanta cólera en el mundo. Tampoco comprendió nunca cómo en tan corto espacio de tiempo pudo descargar todos los proyectiles de su pistola contra aquel hombre, que se retorció violentamente, soltó la escopeta y al fin se abatió contra la tierra sin una queja.

Después hubo un largo silencio. Nickie se acercó a Brennan temblando, incapaz de hablar.

Cuando él giró hacia ella, la muchacha esbozó una mueca.

—Ya terminó… Estabas como loco, querido.

—No sé… Ha sido todo tan espantoso que no comprendo…

—Vamos. Ya no nos queda nada que hacer aquí.

Ella le rodeó la cintura con el brazo y le obligó a caminar cuesta abajo, hacia donde habían dejado, el coche.

Hacia la felicidad y el olvido. Hacia un mundo que había perdido su gran oportunidad.

FIN